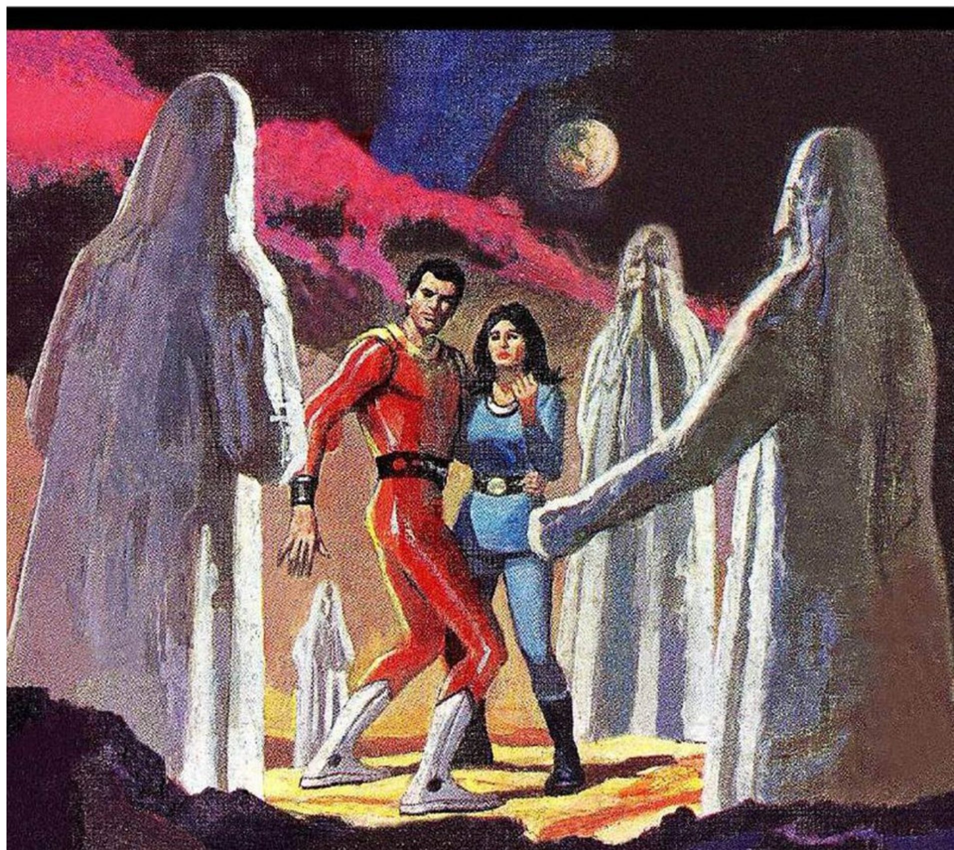
BOLSILIBROS BRUGUERA

la conquista del ESPACIO

LOS CIEN DIAS DE LA GORGONA

CURTIS GARLAND

CIENCIA FICCION



LOS CIEN DÍAS DE LA GORGONA

Título Original: *Los Cien Días De La Gorgona*

Colección: La Conquista Del Espacio 280
ISBN: 9788402025258
Generado con: QualityEbook v0.74

Prólogo

Nunca creí que esto llegara a suceder.

Había pensado que no existía motivo para ver con pesimismo el futuro del hombre y de la humanidad. Los agoreros me resultaban insoportables. Quizá porque yo siempre había sido un hombre feliz y optimista. Un hombre que esperaba lo mejor de la vida.

Tardé en darme cuenta de mi error. Quizá tardé demasiado. Pero hubiera sido igual. Ni yo ni nadie podía evitar que sucediera lo que sucedió.

Y, sin embargo, fue todo tan simple… Tan falto de dramatismo en principio. Como un hecho sorprendente, pero trivial. Una de esas anécdotas que se publican en los periódicos y a las que se dan diversidad de interpretaciones, unas fríamente razonadas y científicas, y las otras exaltadas por la imaginación de las gentes.

Así empezó todo. Como si nada fuese a ocurrir.

Y sin embargo…

Me estremece pensar a donde hemos llegado. Me horroriza la idea de que, tan simplemente, como si nada fuera a ocurrir, el mundo, nosotros todos, sufriéramos tan brusca, tan terrorífica transformación.

Todavía vuelvo la vista atrás y pienso, a veces, que he soñado. Que todo es fruto de una pesadilla espantosa y sin precedentes. Que yo no he visto cuanto vi hasta ahora. Que no estoy viviendo, realmente, este horror.

Y, sin embargo…

Sin embargo, sé que me engaño a mí mismo. Sé que lo he perdido todo. O casi todo. Y que todo está perdido para mí y para los demás.

Quizá por ello, me he puesto a redactar estas notas. Trato de agotar unas horas, muy pocas ya, procurando no dormir, no cerrar los ojos, no

dejarme vencer por la fatiga, el cansancio físico y mental, el agotamiento muscular y nervioso.

Y por ello estoy escribiendo estas páginas. De un modo torpe, quizá deshilvanado. Nunca he sido escritor. Nunca pensé serlo. Además…, ¿de qué serviría ahora? Los que lean esto, si es que alguien llega a leerle, no se preocuparán demasiado por mi estilo ni mi rigor literario. Todo lo que queda aquí escrito, es demasiado espantoso para darle otra importancia que la que realmente tendrá como descripción de unos hechos, como reflejo de unos pensamientos, de un modo de ser, de sentir, de vivir unos sucesos alucinantes y atroces.

Aunque, personalmente, pienso que jamás nadie leerá ya esto que escriba yo en estos momentos. Pero necesito llenar estas hojas de papel. Es una necesidad imperiosa. Como verter algo de mí mismo en esos folios dispersos, febriles, angustiosos. Como un último grito de impotencia frente a lo irremediable.

Sí. Debo escribir. Agotar el tiempo, consumir estas horas, estas pocas horas que me quedan para que se cumpla lo inexorable. Para que el atroz destino me alcance a mí también… y todo termine.

Todo.

Para que el fin sea definitivo. El desastre, absoluto, total.

Total.

Dios mío… Si al menos pudiera terminar estas líneas… Si me fuera posible llegar al fin… No servirá para nada, pero quizá me deje más sereno ante lo que ha de llegar.

Mucho más sereno, esperando ver, cara a cara, frente a mí, los Ojos de la Gorgona…

Ese será el fin

Primera Parte: LOS OJOS DE LA MEDUSA

Capítulo 

Fue un accidente tonto.

Creo que hubiera podido evitarlo. Pero cometí un error, y lo pagué. En aquellos momentos, me pareció una contrariedad irritante, y me enfurecí conmigo mismo. Pero ya no tenía remedio. El mal estaba hecho.

—Todd, por Dios… —me reprochó Ewa con disgusto— Pero, ¿qué has hecho…?

Le contesté algo brusco, y no me importó demasiado que se molestara conmigo. En aquel momento, era yo el más molesto de todos, por la torpeza cometida. Cerré mis ojos, conteniendo a duras penas el grito que hubiera lanzado, al sentir el dolor en ellos. Supe dominarme, y no grité. Pero el dolor era el mismo. Las quemaduras en mis ojos eran irreversibles, por el momento.

—Vamos, traed algo para lavar sus ojos, y luego llamad al médico —terció Karin, algo más práctica que su hermana Ewa, como en ella era habitual—. No, nada de agua. Algo que suavice el dolor y las quemaduras…Oí que alguien corría en busca de lo pedido, y otro se aproximaba al teléfono, para llamar al médico. Me sentí profundamente dolido, y no sólo por mis posibles heridas oculares. Lo cierto es que había estropeado tontamente una divertida reunión de domingo por la tarde. Incluso el tocadiscos se había parado, y ya no escuchaba mi conjunto favorito por los *baffles* del estéreo de Quincy. Todo era irritante. La fiesta, el buen humor, los refrescos y emparedados… Todo estropeado por culpa de mi torpeza. El ácido me escocía en los ojos terriblemente. Cuando menos, esperé que no fuese grave y quedara afectada mi visión.

—Ven, Todd, siéntate aquí —me dijo la voz de Dave, y sentí sus

manos, tomándome por un brazo para conducirme, como un lazarillo, a un asiento de la sala—. Mantén la cabeza hacia atrás, sin moverte. Cuanto menos se extiendan las manchas de ácido, tanto mejor… Espero que no sea nada serio. Pero resulta tan molesto como doloroso. Una vez me quemé con una brasa de cigarrillo. Fue sólo una chispa y, sin embargo…

Siguió una larga retahíla de lugares comunes sobre la cuestión. Escuché, resignado. Creo que sin oírle siquiera. Así era Dave. No se le podía pedir que cambiara de la noche a la mañana.

Fue Quincy quien trajo algo del botiquín, no sé qué exactamente, y Karin lavó mis ojos cuidadosamente, sin apenas rozarme. Ewa, entretanto, preparaba un vendaje de gasa para ponerlo sobre mis ojos, a la espera de la llegada del doctor. Creí oír que el mismo médico se lo había aconsejado así, mientras esperábamos que llegase al *bungalow* de Quincy.

—Os he estropeado la fiesta —gruñí, irritado—. ¡Valiente mala sombra la mía! Soy un perfecto estúpido…

—No digas eso —me atajó Karin—. Son cosas que pueden sucederle a cualquiera.

—A cualquiera que no tenga dos dedos de frente, y sea lo bastante estúpido como para manipular algo que desconoce —repliqué yo con acritud.

—Eres muy duro contigo mismo, Todd —me reprochó Quincy—. No es nada del otro mundo tratar de curiosear cómo hace Sheila sus grabados… y verter bruscamente un frasco de ácido, que le salpique a uno. Yo mismo estuve un día a punto de sufrir un accidente parecido, cuando quería ayudarla a resolver una dificultad en su estudio… Mi hermana tendría que haberse dedicado a otra cosa. ¡Grabados…! Cierto que los vende bien, pero es muy arriesgado tener productos así en casa…

—Vaya, ya salió éste con sus tonterías —oí la voz enfadada de Sheila —. ¿Por qué no te metes tú con tus aficiones de geología barata, coleccionando estúpidas piedras sin valor, en vez de meterte con un trabajo que me reporta más de cien libras al mes, y eso sólo como un simple *hobby*?

—Bueno, bueno, ya basta —cortó Karin—. Dejaos de discutir ahora. Lo que cuenta es que las lesiones de Todd sean leves. Lo demás, carece de importancia. Hay quien corta la hierba del jardín y se lleva los dedos con las podadoras. No tiene importancia. Lo más inocente puede

provocar un accidente desgraciado.

Así era Karin. Ella siempre imponía cierta autoridad y orden donde se encontraba. Incluso era capaz de lograrlo en una reunión dominical en casa de Quincy. Quien era capaz de algo así, merecía todos mis respetos.

—Karin tiene razón —apoyó Dave—. Que uno de vosotros salga a esperar al médico. Ese despistado del doctor Winter siempre confunde unos *bungalow* con otros…

—No le falta razón —rio Quincy—. Todos son iguales…

Escuchaba sus voces en mi repentina sombra, con mis ojos envueltos en aquella venda suave, y sentía de repente el terror que debe producir quedarse ciego. Sólo sombras… y la gente moviéndose normalmente alrededor, gozando de la luz, de los colores, de las formas… Por primera vez me paraba a pensar en cosas así. Era ridículo, pero aquella repentina oscuridad en que me veía forzado a permanecer, preguntándome qué clase de lesiones me habría producido el ácido de grabar de Sheila, me permitía ver las cosas desde el fondo de mi mente, con una nueva y rara dimensión.

Es curioso cómo los humanos sólo nos preocupamos de los males ajenos cuando nos sentimos tocados por ellos, aunque sólo sea momentáneamente. Nunca antes de ahora me había preguntado cómo se sentiría un ciego en su mundo. Empezaba a hacerme una idea. Y no me gustaba en absoluto.

—¿Duele mucho, Todd?

Era la voz suave de Karin, muy cerca de mí. Moví ligeramente mis hombros.

—Bastante —admití—. Pero puedo soportarlo. Lo peor no es el dolor.

—Te entiendo. De todas maneras, no será nada, ya verás. Te salpicó muy poco, afortunadamente.

—Sí, eso espero… —hice una pausa—. Y… ¿y Ewa?

—Fuera, en el jardín —me susurró—. Llorando…

Sentí haberle contestado mal anteriormente. Ewa no se merecía eso en absoluto. Era un poco áspera a veces, pero me quería. Y tenía sensibilidad. No se le podía pedir que fuese la ternura personificada. Una mujer demasiado dulce, puede resultar empalagosa. Ciertamente, Ewa no lo era, ni mucho menos. Pero era su modo de ser, no un comportamiento motivado por falta de afecto o de feminidad. Nada tenía que ver que su hermana Karin fuese más efusiva, y a veces menos

adusta que ella. La chica a quien yo quería era Ewa, no Karin. A veces, no había estado seguro de si ocurría lo propio con ella. Ewa era difícil de comprender. Pero había empezado a convencerme de que sí me quería. Lo cual no quitaba que yo albergara la sospecha, bastante acentuada… de que su hermana también sentía algo por mí. De cualquier modo, Karin nunca me había insinuado nada. Era demasiado inteligente y sensata para hacerlo.

Hubiera querido incorporarme e ir a su encuentro. Pedirle disculpas por mi brusquedad. Rogarle que tratara de comprender mi irritación de aquellos momentos. Pedirle que no llorase más. Pero no podía moverme. Estaba esperando al médico y había que impedir que el ácido, si había lastimado mis glóbulos oculares, pudiera extender sus daños más de lo que ya pudieran estarlo.

—Karin… —murmuré.

—¿Sí, Todd? —se apresuró ella, solícita. Y noté su mano oprimiendo la mía, y su aliento rozándome el rostro, de tan próxima como se puso en aquel momento, quizá en su afán de atenderme,

—Karin, te agradecería que fueses al jardín… y hablaras con tu hermana. Dile de mí parte que… que me disculpe. Que venga, por favor. No puedo verla, pero me aliviará mucho saber que está a mi lado.

—Sí, Todd —habló con lentitud, respiró hondo, y noté que soltaba mi mano con una cierta desilusión. Se alejó, porque ya no sentí su aliento—. Iré a decírselo en seguida…

Se alejó. Los demás seguían hablando, comentando cosas sobre el incidente. Me sentí un poco incómodo. Karin había actuado de modo diferente en estos últimos minutos. Nunca la había notado tan… tan audaz.

Poco después, los pasos suaves de Ewa se aproximaban a mí. Su voz sonó algo débil:

—Todd… No tenías que disculparte de nada.

—Claro que debía hacerlo. Me comporté bruscamente, Ewa.

—No, no. Fui yo quien te hizo una pregunta que no había razón alguna para formular. Perdóname. Creo que en ese momento, me dolía más el hecho de que estuvieras junto a Sheila, ayudándola en sus grabados, que el hecho de que el ácido te salpicara…

—Vaya —sonreí, a pesar de todo—. ¿Celos a estas alturas, cariño?

—¿Por qué no? Soy una mujer. Y Sheila también. Además, sé apreciar la belleza ajena. Sheila es atractiva. Tremendamente atractiva. Y tiene un cuerpo endemoniadamente provocador. Todos los hombres

os fijáis en cosas así.

—Sinceramente, sí —admití, risueño—. Pero era el grabado lo que me interesaba en ese momento, no las curvas de Sheila.

—Sobre lo que a ella le interesaba, yo no estaría ya tan segura, Todd. Te miraba a ti en el momento de caer el frasco de ácido. Fue más culpa suya que tuya. Ella sabe el peligro de los productos con los que trabaja.

—Diablo, yo también debería saberlo —refunfuñé—. ¿Ya olvidas que iba a ser químico, cuando se me ocurrió cambiar de profesión y dedicarme a la conservación de la naturaleza, con esa Sociedad Mundial Ecológica, para la que trabajo?

—No debería olvidarlo. Pero me parece que fuiste tú quien lo olvidó en ese momento. El ácido de grabar es muy peligroso, manipulado sin precauciones.

—Lo sé. Y ahora lo he comprobado más directamente —suspiré—. Ewa, me siento culpable de haber estropeado la fiesta, haberte estropeado el día… y quizá, incluso, nuestra excursión de la próxima semana, fuera de Londres. He sido un estúpido.

—Por Dios, Todd, no hables así. Ni la fiesta ni la excursión tienen la menor importancia ahora —sentí sus manos, apretando las mías con calor. Sus labios rozaron mi mejilla y llegaron a mi boca—. Eres tú, y tus ojos, lo que realmente cuenta… Veremos lo que dice el doctor.

El doctor no fue muy optimista. Me hizo un examen rápido, me aplicó algo en ambos ojos, volvió a vendarme, y pidió una ambulancia.

—Hay que hospitalizarle —dijo.

Me sentí desolado. Traté de argumentar:

—¿Hospitalizarme, doctor? En casa podrían atenderme bien. Mis tíos son como si fueran mis segundos padres, y tía Bertha podría…

—Jovencito, hará lo que le digo, y nada más —me atajó el médico agriamente—. Sufre lesiones considerables, aunque tal vez no lo bastante graves como para temer por su vista. De todas formas, tengo un médico amigo, el doctor Shelley, que es un notable oftalmólogo. Uno de los mejores de Harley Street[1]. Él se ocupará de usted debidamente, en su clínica de Primrose Hill. Necesita un tratamiento adecuado y unas manos expertas en esa difícil rama de la medicina.

—Hospitalizarme… —murmuré, abatido—. Cielos, doctor, ¿y cuánto puede durar eso?

—No lo sé, muchacho. Es cosa del doctor Shelley. Y de sus propias lesiones, naturalmente. Yo no puedo prever la duración del período

hospitalario, pero imagino que no será mayor de quince días, ni menor de una semana.

—Una semana… Adiós excursión, Ewa.

—Oh, Todd, olvida eso ahora —se disgustó ella—. No tiene importancia alguna esa excursión en este instante. Irás al hospital. Yo avisaré a tus tíos. Y estaré allí cuando ingreses, no lo dudes. Estaré todos los días…, todo el tiempo que los reglamentos del lugar lo permitan.

—Gracias, Ewa… —susurré—. De ese modo, todo va a resultar más breve, más llevadero…

Momentos después, llegaba la ambulancia solicitada por el doctor Winter. Me subieron a ella en camilla, y partimos hacia el hospital oftalmológico de Primrose Hill, al norte de la ciudad. Ewa vino conmigo. Los demás se quedaron atrás, entre comentarios, después de haberme invadido de frases de aliento y de amistad.

Me sentí desolado, dentro de aquel rápido vehículo sanitario, en dirección a un centro clínico donde iba a ser internado, incapaz de ver nada en torno mío, sumido de repente en las tinieblas.

En esos momentos, yo estaba muy lejos de saber que aquel estúpido accidente y sus consecuencias inmediatas, iban a torcer mi destino de modo trascendental e irreversible. Yo no podía sospechar, ni remotamente, que aquellas lesiones oculares, aquella ceguera accidental, iban a convertirme en breve plazo en un ser diferente a todos. En una excepción, dentro de mi propio mundo…

Capítulo II

—Eso va muy bien, señor Nolan. Creo que no quedarán huellas de quemaduras en sus ojos. Su visión no quedará alterada lo más mínimo, una vez se haya sanado de ellas, sin recibir luz alguna durante este período de tiempo preventivo.

Las palabras del doctor Shelley no podían ser más esperanzadoras. La voz de una enfermera corroboró, llena de ánimos:

—Señor Nolan, es usted un hombre afortunado. Tuvo desgracia al lesionarse, pero había noventa probabilidades entre cien de perder la visión de uno o de ambos ojos, en un accidente de ese tipo. Por eso tiene suerte. Usted ha salvado su vista casi providencialmente.

Resultaba difícil imaginar, después de lo sucedido, que yo era un hombre de suerte. Pero así parecía ser. Y eso que faltaba algo más. Algo que me demostró, ciertamente, lo mismo que la enfermera estaba diciendo. Jamás hombre alguno sufrió un accidente más afortunado. Pero yo todavía no podía saber eso.

—Está bien —suspiré—. Eso significa que debo permanecer todavía con esos vendajes sobre mis ojos…, ¿por cuánto tiempo?

—No más de cinco o seis días —señaló radiante el doctor Shelley—. Sé que para un hombre joven, la paciencia es algo totalmente desconocido. Sin embargo, deberá tenerla por ese corto espacio de tiempo.

—Ya. ¿Y las vendas…?

—Permanecerán sobre sus ojos hasta el día mismo en que tenga usted que salir de aquí, señor Nolan. Podríamos anticipar ese momento a cosa de dos días antes, pero creo que vale más no correr riesgos, dejar que su globo ocular cicatrice convenientemente, y el tratamiento dado haga sus efectos balsámicos y cicatrizantes, evitando todo daño corneal,

para abrir de nuevo sus ojos a la luz. Hágase a la idea de que eso tan maravilloso, pudo no haber llegado a suceder, y tal pensamiento le ayudará a sobrellevar con alegría estas pocas fechas de quietud y de oscuridad, dentro del establecimiento.

Sé que tenía razón. Toda la razón. Pero eso no impedía que me sintiera incómodo, sabiendo que no podía salir del establecimiento, limitándose mi vida a una habitación en penumbra y a un pequeño corredor con luces veladas, inmediato a mi estancia, por el que la enfermera me pasearía inicialmente, dejándome luego en libertad de ser yo solo quien paseara, sin ayuda de nadie, una vez habituado al trazado del camino a recorrer.

Todo era accidental, momentáneo. Pero me sentía como un auténtico invidente, sumido en el terrible mundo de la ceguera. Sin luces, sin colores, sin formas. A veces, hasta empezaba a resultarme difícil imaginar ciertas cosas, evocar su apariencia física. Sólo el rostro de Ewa se me aparecía en su dimensión real, cuando las demás cosas se tornaban borrosas. Y aun ella, su faz atractiva, sus cabellos rojos, sus chispeantes ojos pardos, se me borraban ligeramente de vez en cuando, llegando a asustarme con aquella apariencia nebulosa.

—¿Será posible que un ciego llegue a olvidar, con el tiempo, todo cuanto conoció a través de sus ojos, antes de perder la visión? —me pregunté, angustiado.

Y aunque esa pregunta mía no tuvo respuesta, porque nadie podía dármela, sentí auténtico terror repentinamente. Terror a las posibles consecuencias que pudo tener mi tonto accidente de aquel día, en casa de Sheila y de Quincy. Terror a la oscuridad. Terror a verme sumido para siempre en aquellas sombras que me aterraban.

Sí, tal vez tuvo razón mi enfermera, pensé. Era muy afortunado. Mucho. Pensar que me quitarían esos vendajes, que vería de nuevo el mundo, las cosas, tal como eran…

No sabía yo lo afortunado que había sido. No. Aún no lo sabía.

* * *

Tampoco lo supe cuando sucedió todo.

Ni siquiera llegué a sospechar o a pensar que *sucedía* realmente algo. Era verano, y la gente estaba fuera de sus casas. En la playa, el campo, la montaña… o paseando por Londres. O tomando el fresco en las terrazas de sus casas. En los jardines, los que tenían jardín.

Me acordaré siempre que era la noche del veinte de junio. Eso sí. Nunca lo olvidaré. ¿Cómo se pueden olvidar ciertas cosas, aunque uno viviese mil años, Dios mío?

El veinte de junio…

—Le faltan sólo dos días para salir de aquí —había dicho el doctor Shelley apaciblemente—. Sólo dos días, señor Nolan. Se ha comportado mucho mejor de lo que imaginaba, dada su edad y su temperamento inquieto. Le felicito. Dentro de cuarenta y ocho horas, esas vendas caerán de sus ojos. Y volverá a enfrentarse al mundo.

El mundo…

Sentí el hormigueo de la impaciencia, de la excitación. Volver a ver todo: luz, color, gentes, cosas feas y bonitas, hermosas y horribles. Día y noche, luz y sombra, sol y luna, nubes y estrellas, cielo y tierra, mar y montañas… Casas y jardines, calles y plazas… Y a Ewa.

Respiré hondo.

—Dos días interminables, doctor —respondí—. Serán los peores.

—Lo comprendo. Siempre ocurre igual. Pero tenga paciencia. Ya se acaba todo para usted.

—Sí, doctor. Incluso recuerdo algo que dijo usted… Algo así como la posibilidad de que dos días antes pudiera quitarme los vendajes, y estar curado, capacitado para ver, sin sufrir complicaciones posteriores…

—Puede que sea así, pero no me gusta correr riesgos. Es mejor esperar esos dos días, créame. Nunca se gana nada precipitando las cosas.

—Sí, claro. Gracias de todos modos, doctor. Procuraré soportar estas dos fechas lo mejor posible.

—Lo hará. Sé que lo hará —me dijo, animoso, oprimiendo afectuosamente mi hombro—. Hasta mañana, señor Nolan.

—Hasta mañana, doctor Shelley.

Me quedé solo en mi habitación. Ewa ya no estaba. Se había ausentado, porque tenía cosas que hacer, y además ya era tarde. La clínica tenía sus horarios de visita. Hacía bastante rato que me habían servido la cena. Calculé que serán aproximadamente las diez y media de la noche. Hacía calor, aunque el clima suavemente acondicionado del establecimiento clínico, impedía sentirlo allí dentro. Sólo que yo sabía que hacía mucho calor allá fuera. Un hombre despojado de la facultad visual, agudiza mucho más sus otros sentidos. En aquellos días había aprendido a tener un notable sentido del tacto, del olfato, del gusto, del oído. Y *algo* más. Algo peculiar, que quizá sea común a los ciegos y

compense su falta de visión. Una especie de sexto sentido que hace intuir las cosas, presentir o advertir algo que no es tangible ni inmediato.

Lo cierto es que esa noche estaba inquieto. Preocupado. No había razón para ello. Todo iba bien. Pero mi inquietud iba en aumento. De repente, sentado al borde de mi lecho, me pregunté a mí mismo qué era lo que podía estar sintiendo en aquellos momentos, y que me hizo estremecer. Y me asombró a mí mismo la respuesta que se me ocurrió de forma automática, casi inconsciente:

Tenía miedo.

Miedo.

—Pero miedo… ¿a qué?

Dentro de aquel hospital, en la seguridad de mi habitación, con la optimista expectativa de salir sólo dos días después, de nuevo a tener contacto directo con el mundo…

El mundo. Dios mío, si yo hubiera sabido lo distinto que iba a ser el mundo que me encontraría entonces, a aquel que había dejado de ver un domingo por la tarde en casa de Quincy…

Pero no. No podía saberlo. Y, sin embargo…

Sin embargo, estaba asustado. Era sólo una premonición. Un presentimiento. Ese sexto sentido de que antes hablé…

Miedo a *algo*. Algo que ni siquiera sabía lo que era. Que ni siquiera existía. Porque lo cierto es que no existía *aún*. Ahora lo sé.

Fue cosa momentánea aquella sensación angustiosa que me invadió. Con la misma brusquedad con que llegara, se fue. Pero me encontré notablemente abatido después de sucederme. Me tendí en el lecho, aunque no tenía sueño y estaba harto de reposo y quietud. Sentía un ansia casi animal de salir, de abrir las puertas y escapar, de huir a las calles, de verme rodeado de personas nuevamente, de contemplar luces, escaparates, automóviles, semáforos, lo que fuese.

Las vendas oprimían mis ojos más que nunca. Era como un agobiante cerco apretando mis sienes, mi cráneo todo. Como estar envuelto en un casco de acero. Como verse perdido en un mundo de oscuridad sin fin, que oprime el cerebro y lo hace estallar…

De pronto, entró mi enfermera.

—Vamos, señor Nolan —me invitó—. Ya es hora de dormir. Acuéstese. Le traigo su zumo de naranja y su vaso de leche. Elija lo que prefiere tomar.

—Creo que esta noche no tomaré nada. No tengo sed,

—Bueno, ya la tendrá más tarde. Hace mucho calor en la calle. Todo Londres parece un horno esta noche. El sol ha brillado hoy con más fuerza que nunca… o me lo ha parecido a mí. El hecho es que el calor era insoportable a mediodía. Y por las trazas, mañana va a ser lo mismo.

Mañana…

Ahora, echando la vista atrás, palabras triviales y vulgares, cobran una tremenda dimensión, un terrible significado casi sarcástico.

Mañana.

Ella lo había dicho como lo decimos todos. Con esa normalidad con que se expresa uno ante cualquiera:

«Mañana lloverá», «Mañana tengo que hacer tal cosa», «Mañana iré a ver tal película», «Mañana va a ser un día muy ajetreado»…

Uno da por hecho que el día de mañana siempre existe. Jamás se ha parado nadie a pensar que «mañana» puede no existir jamás. Puede ser un día que nunca llegue.

Hasta entonces, creo que a nadie se le había ocurrido seriamente semejante posibilidad. Y, sin embargo, así fue.

El «mañana» de la enfermera Eaton, de la clínica oftalmológica del doctor Shelley, en Primrose Hill, nunca existió…

Me acosté, ayudado por ella, aunque ya no necesitaba ayudas de nadie y podía hacerlo yo solo. Me quité mi bata y me metí en el lecho, con el pijama que llevaba puesto. Ella comenzó a arreglarme un poco el embozo.

Entonces sucedió.

Yo no podía saberlo, pero sucedió.

—Oh, ¿qué es *eso*? —oí la voz maravillada de la enfermera Eaton.

—¿Qué es… qué? —quise saber, irritado porque alguien pudiera ver o sentir algo que a mí me estaba vedado.

—Eso… —repitió ella vagamente—. Nunca había visto nada tan hermoso… ni tan deslumbrante. Dios mío, si ni siquiera parecen fuegos de artificio…

Oí abrir la ventana de mi habitación. La enfermera comentó algo entre dientes, con el mismo tono admirativo de antes. Aquello que yo ignoraba, parecía fascinarle. Lo cierto es que, de repente, sentí *algo*. Y volví a experimentar aquel miedo inexplicable, súbito…

—¡Enfermera Eaton! —rugí—. ¿Qué diablos pasa ahí fuera?

—Ya ha terminado —le oí decir a ella, con un suspiro—. Oh, señor Nolan, sí ha sido una verdadera pena que no llegase usted a verlo…

—A ver… ¿qué? —insistí, malhumorado.

—Bueno, no sabría explicárselo muy bien. Al principio creí que era el estallido de unos fuegos artificiales…

—¿Y qué era, exactamente?

—No lo sé. Lo cierto es que jamás vi una luz más radiante, más hermosa y fantástica que ésa… Como una repentina cascada de color centelleante, señor Nolan… Por un momento, ha parecido que se hacía de día. Eso sí, un día increíble, prodigiosamente bello, de un color distinto a todo. Todo Londres bañado en esa luz, señor Nolan…

—Al diablo con eso —refunfuñé, decepcionado—. Me tienen sin cuidado los fuegos de artificio o las auroras boreales. Son otras las cosas del mundo que yo estoy deseando ver nuevamente, enfermera Eaton.

—Oh, habla así porque no ha llegado a ver eso. Fue algo tan increíble, tan diferente a todo… Si no fuese porque hería la vista, hubiera valido la pena que durase toda la noche, créame…

—Sí, la creo, enfermera Eaton —bostecé, irritado. No sé si porque no era capaz de ver nada, hermoso o no, o porque ella era demasiado insistente sobre las posibles bellezas de aquel hecho nocturno. Tras un momento de pausa, le pregunté—: Cuando menos, ¿supone usted lo que pudo ser?

—No entiendo de esas cosas, señor Nolan, pero era algo que parecía venir de muy lejos… del espacio.

—¿El espacio?

—Bueno, no eran luces ciudadanas, quiero decir. Ni fuegos, ni reflectores, ni llamaradas. Nada vulgar. Quizá un fenómeno luminoso, tal vez un cometa, un meteoro…, no sé. Pero fuese lo que fuere… era fantástico. Increíble, se lo aseguro. Nunca vi nada semejante.

—Puede que fuese un meteoro —acepté, escéptico—. Ahora ocurren fenómenos raros en la atmósfera. O posiblemente estalló un satélite artificial. Hay tantos ingenios espaciales por ahí… A veces, una cápsula cae hacia la Tierra… y se destruye al contacto con nuestra atmósfera. Eso acostumbra a producir fenómenos raros. No puede ser nada diferente, estoy seguro.

—Bien, de todos modos, ya pasó —suspiró ella—. Mañana lo publicarán los diarios, lo comentará la televisión… Incluso es posible que vea usted las imágenes en color en su televisor, cuando salga de aquí. Una cosa así, la reproducirán muchas veces, ya verá…

—¿Y qué diablos me importa a mí, en el supuesto de que lo hayan captado, enfermera Eaton? No tengo el menor interés en ver fenómenos

meteorológicos. Me conformaría ahora mismo con ver la calle, las luces, e incluso con verla a usted y contemplar las paredes de este establecimiento.

—Bueno, es lógico —suspiró ella—. Perdone si le importuné, señor Nolan. Pero, sinceramente…, jamás vi nada parecido. Ni creo que vuelva a verlo nunca…

Yo, en ese momento, ignoraba lo premonitorias que iban a ser sus palabras. En realidad, lo ignoraba todo sobre aquella súbita luz de una noche veraniega en Londres. Y más me valiera haber seguido ignorándolo.

Pero la luz existió. La enfermera Eaton la había visto. Y con ella, millones de londinenses, quizá de ingleses, de escoceses, irlandeses, galeses… Y el resto de Europa, ¿por qué no? Y quizá parte del mundo.

Ella se despidió de mí un poco turbada, quizá pensando que su habitual seriedad y discreción profesional había sufrido un quebranto inoportuno con aquel desmedido entusiasmo por la luz nocturna.

Disculpé a mi buena enfermera. Tal vez había sido realmente hermoso el fenómeno. Tuvo que serlo, para que una persona como ella se impresionara hasta tal punto. Pero personalmente, me tuvo sin cuidado ese hecho. Eran otras las cosas que yo quería ver, aunque sin duda, en circunstancias normales, no le hubiera hecho ascos a la contemplación del bello suceso luminoso.

Sí. Ahí estuvo la diferencia.

La diferencia entre mi persona y el resto de Londres. O la inmensa mayoría del mismo. Yo no había podido ver nada. Ellos, sí.

En aquel momento, el hecho para mí carecía de todo valor. Ni siquiera pensé en ello al tratar de dormir. Estaba cansado. Y algo emocionado por la proximidad de mi retorno a la vida normal.

Por eso me quedé dormido pronto. Soñé con nuevas formas y colores. Al quitarme los vendajes, en mi sueño, todo era diferente. De tonos increíblemente bellos y diferentes. Luego, miraba hacia el cielo y veía una luz resplandeciente, como un ojo inmenso, abierto en el espacio, mirando hacia mí, bañándome en su resplandor impresionante.

Luego, de pronto, creía ver algo maligno y terrible en aquel raudal de luz, en aquel punto resplandeciente de la noche. Y echaba a correr, intentando escapar a su influjo. Pero no me era posible. Por mucho que corría, la luz me perseguía, me acosaba, como algo vivo, como si fuese capaz de escudriñar hasta el último confín del universo, en busca de su presa…

Me desperté de repente, angustiado, sudoroso. Me erguí, intentando comprender que todo había sido un sueño, que no había nada que temer. Respiraba agitadamente. Mi corazón palpitaba con fuerza. Incluso sentí, bajo los vendajes, el latido de mis sienes.

Había sido una pesadilla demasiado viva, sin duda alguna. Las consecuencias de la misma persistían aun después de salir del mundo onírico donde me viera sumergido poco antes, bajo la influencia indiscutible de las entusiastas palabras de la enfermera Eaton.

Sentí la boca seca, los labios sedientos. Estiré la mano para tomar el vaso de zumo o de leche. No importaba lo que fuera. El caso es que se tratase de un líquido relativamente fresco. Algo con que calmar mi sed.

Maldije entre dientes, furioso conmigo mismo. Había volcado un vaso. Oí el golpe del vidrio en la bandeja, y el chorrear del líquido al suelo. No sabía lo que era. Busqué el otro vaso. Lo encontré. Tomé un sorbo. Lo retiré con repugnancia. Era leche. No me gustaba. Nunca me había gustado. Tuve la mala fortuna de derribar el vaso de zumo de naranja.

Busqué el llamador. Pediría otra naranjada a la enfermera Eaton o a quien estuviera de turno. Pulsé el botón.

Esperé bastante. Más de cinco minutos. Eso no era habitual en la clínica. Una llamada acostumbraban a atenderla rápidamente, y más si era de noche. Hasta entonces, había ocurrido así. Ahora parecía distinto. Me pregunté por qué, mientras volvía a oprimir el botón.

—No sé dónde se habrán metido… —rezongué—. ¿Qué diablos hacen para no atenderme?

Una y otra vez seguí pulsando el timbre. Pensé si se habría cortado la corriente eléctrica. Encendí la luz de la mesilla. Toqué con mis dedos, y los retiré. Daba calor. Por tanto, estaba encendida. Había fluido eléctrico.

—¡Enfermera Eaton! —rugí—. ¡Enfermera…!

No contestó nadie. Siguió el silencio en la habitación. Y también fuera de la estancia, si es que mis oídos no me engañaban.

No escuché nada ni a nadie. Me enfureció ese abandono. Tal vez la dichosa enfermera Eaton había ido en busca de colegas suyas para chismorrear sobre el famoso fenómeno eléctrico de aquella noche.

Fuese como fuere, era una imprudencia profesional. Una torpeza inexplicable en aquel establecimiento. Me puse en pie, tirándome bruscamente de la cama. Conocía mi habitación como si la hubiera visto mil veces. El sentido de orientación de un ciego —y yo me consideraba

realmente ciego en esos momentos—, era capaz de reconstruir mentalmente los más mínimos objetos.

Alcancé la puerta. La abrí. Asomé al corredor. No dudé en levantar algo la voz y llamar con cierto enfado:

—¡Enfermera! ¡Enfermera, por favor!

Esperé. No me contestó nadie. Sin embargo, sabía que su puesto de vigilancia nocturna estaba a menos de veinte metros de mi habitación. A pesar de ello, no me respondieron ni acudió nadie. Era absurdo. Absurdo y molesto. El doctor Shelley iba a saber unas cuantas cosas al día siguiente. Esto no era oportuno. Había otros pacientes, quizá en peor estado que yo. Necesitaban atenciones, cuidados. ¿Dónde estaban los encargados de atenderles?

—¡Enfermera! —grité con más fuerza—. ¡Doctor! ¿Dónde diablos anda metida la gente esta noche?

Silencio. Sólo eso, maldita sea. Un inexplicable y torvo silencio.

Sabía que mis gritos podían alarmar y enfurecer a otros pacientes. Pero eso ya me importaba poco. Grité, llamando a médicos y enfermeras. Recorrí el trecho de pasillo, tanteando hasta encontrar el mostrador de la centralilla telefónica y de servicio, donde golpeé, sin escuchar respuesta alguna.

Tanteando siempre, encontré el teléfono. Y una silla. No había nadie sentado en ella. La tiré a un lado, con disgusto. Descolgué el aparato. No podía saber qué números funcionaban dentro del recinto clínico, pero mi tacto encontró el botón de comunicación interior. Lo pulsé. El teléfono emitió su peculiar zumbido. Estaba en disposición de funcionar. Marqué un número al azar.

Esperé, sin respuesta alguna, a pesar de que oí sonar el teléfono repetidamente, al otro extremo del hilo. Insistí con otro número. Igual resultado. Probé el tercero. Y el cuarto y el quinto. Número tras número, hasta el cero. Diez veces.

Diez fracasos. Diez silencios. Diez respuestas que no llegaron. Eso empezaba a ser inquietante. Un hospital no se queda desierto ni incomunicado de repente. Y menos, uno como el del doctor Shelley.

—¡Enfermeraaaa! —fue un verdadero aullido el que emití.

Grité de tal modo, que oí el eco, rebotando estridente, agudamente, por todas las salas de la clínica. No me sorprendí. Todo continuó igual.

—Cielos… —murmuré—. ¿Es que enfermeras y médicos han salido de aquí, dejándonos abandonados a los pacientes…?

Los pacientes.

¡LOS PACIENTES!

La idea pareció estallar en mi cerebro como un deslumbrante fuego de artificio. Algo no tenía sentido allí. Conforme en que algo hubiera ocurrido para que médicos, enfermeros y sanitarios nos dejaran a nuestro albur. Pero… ¿y los enfermos?

¿Dónde estaban ellos? ¿Por qué no se quejaba nadie de mis gritos, de mi escándalo? ¿Por qué ni una sola voz, protesta o llamada, servía de eco a mis voces desabridas?

—No, no puede ser… —musité, angustiado, notando mi rostro lleno de sudor—. No entiendo esto… No puedo estar solo… en el hospital…

Me moví lentamente. Con torpeza ahora. Llegué al corredor de nuevo. Abrí una puerta. Llamé, casi violento:

—¡Vamos, usted! ¡Despierte, levántese, grite, proteste!

Seguí. Una puerta, otra, otra… Y en todas mis palabras eran parecidas; mis gritos semejantes:

—¡Usted! ¡Llame! ¡Pida ayuda! ¡Reclame a los médicos! ¿Es que no me oye, imbécil? ¡Sí, soy Todd Nolan, de la habitación doscientos tres! ¡Vamos, reclame por mi culpa! ¡Exija que me expulsen de este lugar! ¿A qué espera para hacerlo, hombre de Dios? ¿O… es usted mujer? ¡Hable, diga algo, grite si quiere!

Ni eso. Ni una voz, ni un grito. Ni una queja. Ni un jadeo. Ni siquiera UN RUIDO. Ni nadie RESPIRANDO

Me detuve, enloquecido. Había oído comentarios. Sabía que había algunos pacientes en mi misma planta. Gente a punto de salir de allí. Casos ligeros, problemas fáciles de resolver…

Ahora, no oía a nadie. Ni a ellos, ni al cuerpo clínico… A nadie. Ni siquiera producían ruidos. Algo tan simple como eso: un ruido, un roce, algo *sonoro*, algo que denotara la simple existencia de… *de vida.*

—Vida… —susurré roncamente, apoyándome en el muro, bañado en un sudor frío—. Dios mío, *¿dónde* está la vida aquí? ¿Dónde está la gente? ¿Qué ocurre a mi alrededor?

Había un modo de saberlo. Volví a la carrera al teléfono. Busqué el botón de comunicación exterior. No sabía si funcionaba a través de centralilla o automáticamente. Respiré con alivio. Era servicio automático. El teléfono emitió el zumbido de comunicación abierta con la calle.

Recordaba bien el número de mi casa. Marqué, aun a sabiendas de que iba a darles un buen susto. No eran horas de llamar, y menos desde el hospital. Pero estaba dispuesto a todo, con tal de salir de allí o de

provocar un escándalo auténtico, para protestar por la incalificable actitud del personal de la clínica.

El teléfono sonó en mi casa. Una, dos, tres, cuatro, cinco… diez veces. Esperé. Nadie lo descolgó.

Colgué de nuevo. Era posible haberme equivocado. Marqué más despacio. Mucho más, y confirmando cada número exactamente. Volví a oír sonar el teléfono. Muchas veces más. Igual que antes. Sin respuesta.

Era insólito. Mis tíos debían estar en casa. Colgué, irritado. Cuando levanté el receptor, marqué otro número. El de Quincy. Allá él, si le sobresaltaba la llamada. O quienquiera que contestase.

No hubo respuesta tampoco. Me sentía disgustado profundamente. Casi preocupado. Esto no tenía sentido. Todo el mundo no podía haber salido de casa esa noche, así de repente.

Mi tercera prueba fue con el número de Ewa y Karin. La llamada resultó tan inútil como las anteriores. Nadie contestó esta vez tampoco.

Desalentado, solté el teléfono. Quizá no funcionaba. Tal vez no existía contacto real con el exterior. Podía haber una avería mecánica. A veces ocurren esas cosas en un verano caluroso, Y más, con fenómenos atmosféricos…

Pero ¿y las enfermeras? ¿Y los médicos? ¿Y los pacientes?

Eran demasiadas cosas. Empecé a sentirme asustado. Recordé que ya una vez tuve miedo. Y ahora, ese miedo era mayor que nunca. Empezaba a ser… terror

Caminé por el corredor, como perdido. Alrededor mío, todo eran sombras. Y silencio. Un silencio que dañaba, que hería.

—Cielos… ¿Qué está sucediendo aquí? —quise saber notando un estremecimiento.

Corrí de nuevo a mi habitación. Cuando menos, escucharía los ruidos de la calle. Algún coche que pasara tráfico, esos mil sonidos que la noche más tranquila lleva hasta uno, en una ciudad como Londres. Además me rodeaba Primrose Hill. Recordé las noches anteriores, con la ventana abierta. Había oído el murmullo de aire entre las hojas, el canto de los grillos, e incluso lejanos ladridos de perros.

Me precipité sobre la ventana. La abrí de par en par, me asomé, respirando con fuerza el aire cálido de la noche…

Creo que lo noté a los pocos instantes… Quizá solamente tres o cuatro segundos después. No más tarde

La noche era estival. Húmeda y caliente. Y tranquila Muy tranquila.

Tranquila. *Demasiado* tranquila.

La idea me golpeó como un mazazo. ¿Dónde estaba el murmullo de las hojas, dónde, el canto de los grillos dónde, el ladrido de los perros?

Ni siquiera corría aire. Pero eso no podía influir en los grillos ni en los perros. Lo cierto es que *ningún* ruido llegaba hasta mí. Ninguno.

Eso era lo extraño. Una noche en Londres no puede ser tan tranquila, tan quieta, *tan silenciosa.*

—No, no es posible… —oí que hablaba yo mismo, en voz alta—. Esto no tiene sentido… No puede haber tanto silencio…

De repente, mis nervios debieron romperse. Emití un grito, un aullido brusco. Luego, me precipité fuera de mi habitación otra vez.

Y, con un nuevo grito que pretendía solamente romper el silencio y convencerme de que no estaba sordo, además de ciego, hice lo que el doctor Shelley nunca me hubiera recomendado ni permitido.

Me arranqué las vendas de un tirón.

Primero, no vi nada de nada. Lo peor es que luego, vi demasiado.

Y supe la verdad. La espantosa verdad.

Capítulo 

Me quedé deslumbrado. Aturdido.

Tuve que cerrar los ojos, herido por la claridad lechosa del corredor del hospital. Apoyado de espaldas en la pared, contuve el aliento, cubriendo mis ojos con ambas manos, esperando a que el destello deslumbrante pasara, dejando mis ojos en una penumbra de alivio, de suavidad.

Había sido brutal. Nunca debí hacerlo así, tan bruscamente. Creo que perdí uno o dos minutos en perder el deslumbramiento inicial, el terrible dolor en ambas pupilas, enfrentadas de súbito a la luz.

Luego, probé de nuevo. Parpadeé. Intenté ver. Y, poco a poco… vi.

Vi… *aquello.*

En principio, no entendí bien. Luego, por desgracia, lo entendí demasiado.

Y mi horror no tuvo límites. Al fin supe por qué no me respondía la enfermera Eaton.

Estaba allí. Frente a mí. Y también el enfermero Barrow, de servicio nocturno. Les contemplé, mudo de pavor, de incredulidad.

—¡Dios mío! —mi voz era un ronco murmullo angustiado—. No es posible… ¡No ES POSIBLE! ¡Enfermera Eaton, responda! ¡Enfermero Barrow! ¡Les estoy hablando! ¡Les exijo que me den una respuesta!

No la obtuve. Ellos se limitaban a mirarme. A mirarme sin ver.

Estaban quietos. Rígidos. Como maniquíes en el corredor. Petrificados, inmóviles. Sin vida. Eran simples estatuas de carne. Sus ojos se fijaban en mí. Pero yo supe que no me veían. Que, en realidad, no veían nada.

A través de la puerta abierta de una habitación, vi a un paciente en el lecho, con un solo ojo vendado. El otro era como una cuenta de

vidrio, clavada en el vacío. Tenía su mano apoyada en un vaso de leche, sobre su mesilla. Y así se había quedado. Quieto, petrificado.

Lo mismo que la enfermera Eaton y el enfermero Barrow.

El silencio que me rodeaba, que me aplastaba, era como una sensación dolorosa y mortal.

* * *

Estatuas.

Eran eso, justamente. Estatuas de carne y hueso. Tal como eran. Tal como los había visto hasta entonces. Cerré los ojos un momento, sintiendo doloridas mis retinas. Las imágenes bailoteaban extrañamente ante mí. Todavía no era buena mi visión. No lo bastante buena, cuando menos.

Cuando abrí de nuevo mis ojos, contemplé a la enfermera y su compañero. Pensé si serían figuras de cera. Pero esa idea ridícula duró en mi mente lo que tardó en llegar y pasar, sin dejar huella alguna.

No, no eran figuras de cera. Ni mucho menos. Eran ellos. Ellos mismos. Tal y como debían ser en realidad, cuando yo no les veía. Sobre sus batas blancas llevaban unas tarjetas de plástico con el nombre del establecimiento y su propio nombre. Por eso los había identificado. Yo nunca los vi antes de ahora, aunque a la enfermera me la imaginaba tal como era, regordeta y canosa, con rostro bobalicón y amable.

—Dios mío… —susurré, creo que por enésima vez en poco tiempo—. Pero… ¿qué es esto? ¿Qué significa…?

No me contestaron. No podían hacerlo. Estaban inmóviles, en pie, tal como les había sorprendido algo capaz de dejarles así. Me acerqué un poco más y examiné de cerca su aspecto todo, sus ropas y su epidermis. Había algo sobre ellos. Algo que parecía irse materializando por momentos, segundo a segundo.

Era algo brillante. Como escarcha. Como si lentamente les fuera cubriendo una tenue capa transparente de un material plástico o cristalino. Se concretaba paulatinamente, dando a su piel un brillo raro, una extraña sensación de artificio. Producía la misma impresión que si fuesen recubiertos de hielo o de cristal. Pero sin alterar lo que cubría aquella extraña capa.

Proseguían ellos inmutables, idénticos a como los viera inicialmente. Sólo que brillaban difusamente, a la claridad blancuzca del establecimiento médico.

Resolví visitar los demás lugares del recinto. Empecé por las habitaciones vecinas a la mía.

Tras aquel hombre con su mano inmovilizada en el vaso de leche, y su mirada fija también en él, encontré a una señora canosa, con gafas, una de cuyas lentes era totalmente negra y hermética, para su ojo enfermo, y a un hombre con simples gafas oscuras, después de haber sido operado de algo que ya estaba en pleno trance de convalecencia.

Todos igual. Todos quietos, rígidos, en las más extrañas posturas, como una colección de maniquíes o una serie de figuras de cera en un increíble museo.

Regresé sobre mis pasos. Allí, ya había visto bastante. Tras observar que en todos ellos se producía paulatinamente aquella especie de vidriosa envoltura, dando un brillo helado a su piel, a sus ropas, e incluso a sus cabellos, busqué a los demás que pudieran hallarse en la clínica.

Fue escalofriante.

En un corredor hallé a cuatro personas: dos médicos y dos enfermeros del turno de noche. Todos en posición normal, como si estuvieran charlando de cosas triviales. Y así les había sorprendido la monstruosa transformación. Así se quedaron petrificados, víctimas de la fantástica dolencia.

Pasé junto a ellos, observando el brillo tenue de sus indumentarias y su piel. Seguí delante. El doctor Shelley estaba en su despacho. Escribiendo algo en una agenda, inclinado sobre la mesa, sus gafas sobre la nariz aguileña, los ojos fijos en la escritura, una luz de lámpara flexible sobre él y la mesa de trabajo. Le identifiqué por el nombre en su puerta, y por el plástico adherido a su bata.

Así se había quedado, como la imagen congelada de una película. Quieto, inmóvil, tan natural como si fuese una reproducción fidelísima del mismo hombre en carne y hueso. Sólo que él era el hombre, no la reproducción.

Me acerqué. Todo su rostro, que estaba empezando a brillar con algo escamoso y cristalino. Lo noté tirante, como si fuese de una materia mucho más dura y rígida que la carne. También muy frío. Como un cadáver. Pero era un frío diferente, como *artificial*. Era una rara sensación la de aquel contacto: me recordó un cuerpo de plástico o de vidrio, no un difunto. En suma, no parecía natural. Ni siquiera humano.

Era pasmosa la forma en que estaban todos paralizados, dentro de aquella clínica. Vagamente, pensé en un terrible virus suelto, algo que

escapó de un laboratorio, de una experimentación insólita y temeraria. Pero ¿se hacían experimentaciones en una clínica oftalmológica?

La clínica… ¿Era *solamente* la clínica? De repente, una idea súbita y terrible había acudido a mi mente: el exterior. Primrose Hill, con sus grillos silenciosos, con los perros de los chalets y *bungalows*, callados y mudos por primera vez en una noche de verano…

—No, no puede ser —susurré, horrorizado por mi propia idea—. ¡Eso, *no*!

Eché a correr. Todavía me costaba centrar la visión A veces bailoteaban las imágenes. Otras, sentía dolor como una leve punzada en mis retinas. Pero eso carecía ya de importancia. Todo aquello que me rodeaba resultaba demasiado terrible, demasiado insólito y espantoso para no preocuparse más por ello que por mis consecuencias tras el tratamiento del doctor Shelley.

Salí a la calle. Era una alameda apacible, con doble hilera de árboles. Tras ellos, la colina londinense, con sus zonas de césped, sus setos y sus arboledas, formaba en la noche un aromático, sano y limpio lugar, bien diferente a otras zonas industriales, contaminadas por humos, residuos y otras delicias de nuestra demencial civilización. Yo, como miembro de una organización sobre la ecología, sabía algo sobre todo eso.

Pero ahora había algo más de que preocuparse. Algo que no era simple polución atmosférica, o vapores molestos en el ambiente. Esto debía de ser peor. Mucho peor…

El silencio alrededor mío era siniestro. Me sentí aterrado. Caminé, y el ruido sordo de mis pisadas en la noche, fue más sonoro de lo que jamás lo había sido antes. Sencillamente porque no había ningún otro ruido por doquier.

Alcancé un cruce de senderos arbolados, no lejos de la clínica. Miré fijamente al hombre parado junto a una farola del alumbrado público. La luz daba claridad a su casco y su botonadura.

Era un *policeman.*

Me aproximé. Le dije antes de llegar cerca de él un «¡buenas noches!» sonoro y cordial, esperando una respuesta con mi alma realmente en vilo.

No hubo respuesta. Me detuve junto al policía. Era una estatua, lo mismo que los ocupantes de la clínica del doctor Shelley. Un cuerpo rígido, inmovilizado en su ronda nocturna. Miré más atentamente su rostro impávido a la luz. Descubrí el raro brillo paulatino, que iba

acentuándose sobre su piel, como fina escarcha.

No me molesté más. Era como todos los de la clínica. Un ser petrificado misteriosamente por un fantástico hecho que no alcanzaba a comprender.

El terror me invadió. Ahora ya no era inquietud, ni sorpresa, ni siquiera miedo. No. Era más, mucho más que eso. Era pánico. Auténtico pánico. Algo que me aferraba con una helada zarpa invisible, convirtiéndome en un ser aturdido y delirante.

Seguí adelante. Alameda abajo, hacia los setos, el césped, las plantas, las arboledas. Era una carrera que tenía mucho de desesperada. Era como una fuga. Y al mismo tiempo, un intento de llegar más lejos, de saber algo más, fuese lo que fuere, por tremendo que resultara. Era preciso salir de dudas, ver si todo esto era solamente una cosa puramente local, dentro del establecimiento hospitalario, e incluso en un área reducida, alrededor del mismo… o la cosa tenía más terribles y graves consecuencias.

No encontré de momento a nadie más en mi camino. Primrose Hill estaba siempre poco frecuentado durante la noche. Alcancé Regent's Park Road, mirando en ambas direcciones. Tampoco vi a nadie. Ni coches ni personas.

Caminé bajo las luces públicas, que extendían su claridad sobre el asfalto vacío. En el cruce con Albert, me quedé contemplando los coches aparcados. Era una rara forma de quedarse situados, en plena calzada. Como si se hubieran parado de repente, en plena marcha. Pero más allá, descubrí a otro automóvil, un «Austin» rojo. Este se hallaba en peor estado.

Se había estrellado contra un árbol. Estaba doblado y arrugado, empotrado virtualmente en él.

Cuando me acerqué, me fue posible descubrir otro siniestro, algo más atrás. En esta ocasión, el automóvil había volcado más allá de la carretera, entre unos setos. Una sensación de horror profundo me invadió.

Aquel lugar estaba ya lo bastante alejado de la clínica como para que nada hubiera sucedido. No era posible que también allí…

Sí. Era posible.

Lo supe, apenas miré al interior de la cabina del «Austin» rojo, entre los destrozados vidrios. Sentí un escalofrío. El terror me invadió ya definitivamente.

El conductor y su compañera… Un hombre moreno, enjuto, vestido

de esmoquin, junto a una dama rubia, de mediana edad, en traje de noche color azul pálido… Se habían quedado dentro del coche. El, con un hilo de sangre brotando de la comisura de su labio, vencido sobre el volante, que se había incrustado fatalmente en su tórax. Tenía los ojos vidriados. Estaba muerto. Pero al mismo tiempo, aquella extraña pátina cristalina estaba brotando en su piel y en sus ropas, como escamas brillantes y frías que fueron envolviendo su figura. Lo mismo le sucedía a la dama que, salvo padecer lesiones internas muy graves, parecía totalmente ilesa del accidente, aunque permanecía igualmente quieta, inmóvil, que con aquel aire petrificado que viera yo antes en el doctor Shelley, en la enfermera Eaton y en todos los demás.

Corrí al coche volcado. Lo conducían dos jóvenes con tejanos ceñidos y camisas sin abotonar sobre el pecho. Ninguno de ellos tenía los veinte años. Estaban ilesos, y el coche intacto, pese a estar volcado, con las ruedas hacia arriba.

Ilesos. Y quietos. Rígidos, en su extraña postura, sentados en el asiento, pero boca abajo, mirando ante sí fija, fríamente. Unas manos crispadas en el volante, las otras apoyadas en las rodillas. A ambos les sorprendió así el extraño fenómeno. Así se quedaron.

El maldito brillo viscoso y helado aparecía sobre sus rostros, manos, cabellos y ropas. Parecía más solidificado ya. Era una perfecta capa cristalina, envolvente, adherida al ser y a sus prendas de vestir. Parecía endurecerse por momentos. Formar una especie de nueva epidermis dura y artificiosa.

Retrocedí, angustiado. El silencio alrededor mío, empezaba a ser obsesivo. Giré la cabeza. Un resplandor rojizo atrajo mi atención desde alguna parte. Miré en esa dirección.

La noche se teñía de rojo hacia mi derecha, en Princess Road. Noté que era una claridad fluctuante, en un bailoteo siniestro y significativo.

¡Fuego! Un incendio voraz, en alguna parte…

Me apresuré a correr en esa dirección. Si había incendio, pronto habría gente. Gente viva, animada; personas dotadas de movimiento, de voz, de alma, en una palabra.

El fuego era la mejor guía en la noche. Recorrí calles vacías, silenciosas. Giré en una esquina. Antes de ver las llamas, envolviendo una hilera de automóviles y un surtidor de gasolina, me quedé yo mismo petrificado.

Pero petrificado de espanto, de incredulidad, ante la presencia de aquel perro callejero, junto a un recipiente de desperdicios. El pobre

animal… ¡también estaba quieto, rígido, inclinado hacia los desperdicios, sorprendido por una inmovilidad diabólica, que también iba cubriendo su cuerpo lanudo y sucio de la inevitable capa cristalina!

—Cielos… —murmuré—. Pero ¿qué es esto? ¿Qué ha ocurrido en Londres?

Porque mis ojos se clavaban en aquel incendio que pronto adquiriría gigantescas proporciones, si alguien no lo detenía de alguna forma.

Y no vi a nadie capaz de detenerlo. Dentro de los coches, como auténticas figuras de cera, chisporroteaban, envueltos en llamas, los cuerpos de algunos automovilistas. También ardía como un maniquí olvidado, un funcionario de mono azul, no lejos del surtidor incendiado. No se movía. Me recordó a los bonzos sacrificados en Vietnam como protesta contra la guerra.

Ni un curioso, ni un sonido de alarma, ni la sirena de un coche de bomberos… Nada en absoluto. Aquel fuego, de continuar así, provocaría una catástrofe en la ciudad, muy superior al famoso incendio que hiciera célebre como cronista a Daniel Defoe.

Una sensación horrible me atenazó en esos momentos. Si en la ciudad no acudía nadie al resplandor de aquel incendio tan peligroso, cuyas llamas se elevaban en la calurosa noche espectacularmente… ¡es que no había nadie para acudir!

* * *

Nadie…

¿Nadie en una ciudad de millones y millones de seres humanos?

¿Tal vez todos… *todos* ellos… están lo mismo? ¿Petrificados, convertidos en estatuas humanas? —exclamé, horrorizado.

E inmediatamente, la idea se abrió paso de modo estremecedor en mi mente. Grité, echando a correr como un poseso, sin acordarme ya siquiera del incendio devastador que quedaba a mis espaldas y que, de no encontrar pronto remedio, llegaría a hacer presa en toda la ciudad de Londres:

—¡Tío Dave…, tía Wendy…! ¡Ewa…! ¡No, Dios mío, *eso* no…!

Capítulo IV

Por desgracia, mis terrores tenían fundamento…

Eran reales. Tremendamente reales. Me costó comprenderlo. Saber, de pronto, que todo había terminado.

Tío Dave… Tía Wendy…

Me habían visitado aquella tarde en la clínica del doctor Shelley, lo mismo que Ewa. Resultaba difícil admitir que ahora estuvieran allí…, de aquella forma…, quizá para siempre.

Dormían ambos. Con la ventana abierta, asomada al jardín. Como siempre. En su lecho de matrimonio les había sorprendido el horror.

Plácidamente dormidos, con sus párpados cerrados. Tío Dave apoyaba cariñosamente su brazo en el hombro de tía Wendy. Siempre se habían querido mucho. Casi sentí un cierto alivio al ver que, cuando menos, habían sido sorprendidos juntos. Y en reposo. Dulcemente, quizá. Puede que no se enterasen siquiera.

Al principio, confié en que sólo dormían, tan plácido era su aspecto. Luego vi la capa cristalina, la superficie vidriosa sobre su piel y cabellos… Por cierto que empezaba a tomar un tono suavemente azulado, como hielo coloreado. Ello hacía que ellos mismos pareciesen azules de piel y de cabellos. Era muy débil el tinte, pero existía.

Retrocedí tambaleante, como golpeado por un mazo demoledor. Caminé por la casa, por el jardín, en busca de otro *bungalow* cercano, en la misma zona residencial…

La vivienda de Karin y de Ewa…

Sabía lo que iba a encontrar. Era una dolorosa seguridad, una convicción absoluta. Estaba convencido de ello. Ewa, Karin… Todos igual que los demás. Había visto policías por las calles. Y hasta delincuentes. Uno, a punto de descerrajar el cierre metálico de un

negocio, otro escalando una tapia, con un estuche de herramientas de profesional del robo…

Tenía algo de cómico, la verdad. Sorprendidos en el momento preciso. Y así se habían quedado. Igual que una pareja besándose junto al Támesis. Lo mismo que otra pareja en un parque público…

Cómico y terrible. La vida, detenida de pronto. Pero ¿por qué? ¿Por quién?

Casas silenciosas, calles desiertas, figuras inmóviles… Londres entero, convertido en un ingente museo de cera. Quizá toda Inglaterra. Quizá el mundo entero…

La idea empezaba a abrirse paso en mi mente. Algo había sucedido. Sólo Dios sabía qué pudo ser, pero allí estaban sus consecuencias. Un *pub* cercano me había mostrado su interior, con luces tamizadas por el humo del tabaco, y la barra llena de clientes. Todos quietos, inmóviles, petrificados ante sus consumiciones. Los cigarrillos consumidos en el suelo o en los ceniceros. Incluso en la mano de uno, a quien le había quemado los dedos. Ello no le hizo soltar la colilla, que había dejado ampollas en sus dedos al consumirse. Ni siquiera debió darse cuenta de ello, una vez bajo los efectos de aquella parálisis fantástica.

Y ahora, en mi propia casa… Y después seguramente en la de Ewa, en todas las demás…

Llamé a la puerta por simple prevención. Naturalmente, nadie me abrió, después de intentarlo hasta tres veces. Alcancé una ventana. Quebré los vidrios con un puntapié y pasé mi mano por el boquete, abriendo el pestillo. Entré en la casa resueltamente.

Había luz en el cuarto de aseo. Avancé hacia allá, con el corazón latiendo tumultuosamente en mi pecho, con las sienes palpitándome febriles…

Vi el cuerpo de mujer. Desnudo en la bañera. En circunstancias normales, hubiera desviado la mirada, con pudor. Ahora ya importaban poco esos formulismos.

No era Ewa. Aquel cuerpo broncíneo, moreno y llamativo, no era el suyo. Ewa era algo más esbelta, menos rotunda de curvas. Era la primera vez que veía desnuda a Karin, pero la había visto muchas veces en bikinis muy breves y no resulta difícil identificarla.

Luego vi su rostro, su mirada vidriosa, fija en la nada, sus cabellos mojados. El agua de la bañera la cubría parcialmente. Tanto la piel situada fuera del agua como la que se hundía en el baño, aparecía con la escama vidriosa, azulada, envolvente.

—Karin… —Mi voz fue un sollozo. No pude evitarlo—. Oh, Karin, tú también… ¿Y Ewa? ¿Y mi pobre y querida Ewa? ¿También tu hermana está…?

Salí del cuarto de baño. No podía hacer nada por Karin. Nadie podía hacerlo ya. Ni por ella, ni por ningún otro de los que viera hasta entonces. Por nadie.

Busqué a Ewa por todas partes. No me fue posible encontrarla. Su lecho estaba sin deshacer. Intacto. Como si no se hubiera acostado. El de Karin, dispuesto para meterse en él, con el embozo abierto, las sábanas impecables, sin una huella de cuerpo sobre el tejido terso.

—¡Ewa! —llamé, aunque sabía que era perfectamente inútil—. ¡Ewa!

Por supuesto, ella no me respondió. Nadie me respondía en aquella ciudad muerta. ¿Es que acaso era yo el único que sobrevivía en condiciones normales al horrible suceso? La idea de una conflagración nuclear me asaltó inmediatamente. O quizá un arma, la que fuese… Un nuevo ingenio que algún estúpido experimentó en una guerra relámpago que terminó con todos en un momento.

Me encaminé a la salida, si encontrar ni rastro de Ewa en casa. Tal vez estuviese fuera de casa cuando sucedió. Podía haberla sorprendido en un cinematógrafo, en un teatro, en un club, en cualquier parte.

Abrí la puerta al jardín.

Me di de bruces con ella. Los ojos de Ewa, muy abiertos, muy dilatados y brillantes, estaban fijos en mí.

—¡Ewa! —grité, con asombro, agitado por un escalofrío.

—¡Todd! —exclamó ella—. Oh, Todd… ¿Qué es lo que ocurre?

* * *

¡Me había contestado!

Ewa… ¡Ewa vivía! ¡No estaba inmóvil! Se arrojó en mis brazos, sollozando, y pude comprobarlo. Su piel era cálida, vital. No tenía el frío terrible de aquellos cuerpos rígidos y petrificados que podían verse por doquier.

—Ewa… Ewa…, amor mío… —musité, emocionado, oprimiéndola contra mí, besando sus labios palpitantes y húmedos, que me devolvieron la caricia apasionada, casi desesperadamente—. Ewa, querida… ¿Qué es lo que está sucediendo aquí? ¿Qué ha sido de todos los demás?

—Es… es lo que te acabo de preguntar, Todd… Y tú, ¿cómo estás

aquí ahora?

—Es largo de contar. Habrá tiempo luego, imagino… —La tomé con fuerza por sus hombros y nos miramos directamente a los ojos—. Ewa, no entres. Karin está…

—Lo sé —sollozó ella, bajando sus párpados—. Ya la vi… Por eso escapé, horrorizada, busqué ayuda… No la encontré. Todos… *¡todos* están igual, Todd!

—Sí, todos. No sólo en esta área, Ewa. En todo Londres. Desde Primrose Hill hasta aquí. He venido en un automóvil que robé en un aparcamiento. Nadie me dijo nada por eso. Nadie trató de detenerme. No he encontrado un solo automóvil en la ciudad… Circulando, quiero decir. Están quietos. Algunos chocaron, otros se estrellaron, los más se quedaron quietos de repente, con sus conductores al volante… Hay un incendio, Ewa. Un incendio terrible cerca de Princess Road. Es una gasolinera. Puede prosperar y devastar todo Londres, si no se detiene en el césped húmedo de los parques y se aísla de ese modo. El calor puede hacer que no sea así, sin embargo. Ewa, nadie va a extinguirlo. No hay bomberos, no hay policía. Los teléfonos de emergencia no responden. He probado en varias cabinas. Incluso… incluso hice varias llamadas interurbanas. A Birmingham, a Leed, a Manchester… Sitios donde tengo amigos y parientes.

—¿Y…?

—Nada —suspiré amargamente—. Nadie responde. Tampoco las centrales telefónicas atienden.

—Dios mío, Todd… —Su rostro tenía la palidez de la muerte—. Entonces, no es sólo Londres… Es toda Inglaterra…

—No lo sé. Vamos a ir a casa de Quincy ahora mismo, Ewa.

—¿A casa de Quincy? ¿Por qué? —Me miró recelosa—. Es… ¿es por Sheila?

—Oh, no seas tonta. Los celos ya no tienen sentido. Quincy y Sheila estarán igual que todos los demás. Igual que todo el mundo…

—Todo el mundo…, menos tú y yo, Todd.

—Sí, menos tú y yo —asentí, mirándola, comprendiendo lo que quería decir, porque era algo que yo me había preguntado cien veces en las últimas horas.

—¿Por qué, Todd? ¿Por qué? —quiso saber ella.

—Si tuviera la respuesta… Te dije que iremos a casa de Quincy. No sólo a comprobar si su suerte ha sido la misma, sino a conectar su aparato de radio. Ya sabes lo que a Quincy le gusta todo eso. Tiene un

magnífico receptor de radio. Uno de los mejores, de tipo transoceánico, dotado de una formidable antena. Recibe las emisiones de cualquier lugar del mundo con gran nitidez. Es preciso que obtengamos cuanto antes una respuesta.

—Una respuesta… ¿a qué, Todd?

—Creo que lo sabes tan bien como yo —suspiré—. Adelante, Ewa, no perdamos tiempo.

Llegamos pronto al vecino *bungalow* de Quincy y de su hermana. Hice la misma operación que en el de Ewa, para entrar en él. Ella me acompañó, por supuesto.

Avanzamos por el interior de la vivienda, resueltamente. Como sospechaba, encontramos a Quincy convertido en estatua de carne y hueso. Aquella especie de celofana endurecida cubría su cuerpo todo. Lo mismo que el de Sheila, dormida en su habitación de soltera, al fondo del corredor. Ewa me aferró un brazo, angustiada.

—Todd… —musitó—. Todd… ¿has visto eso? Esa especie de vidrio o hielo que les cubre… es ahora azul. Cada vez más azul…

—Lo he notado, sí —afirmé—. Su intensidad crece por momentos. Parecen estatuas de vidrio azulado. Ya ni siquiera van pareciendo… *humanos.*

Noté su estremecimiento. Era comprensible su terror. Estaba sumergida en el mismo pánico que yo. Y lo malo es que aún nos faltaba lo peor. Si las cosas eran como había empezado a imaginar… nuestro miedo común no tendría límites a partir de ahora.

Entramos en la cabina preferida de Quincy, donde tenía sus mejores equipos de estéreo, sus aparatos de alta fidelidad, sus grabadores magnetofónicos especiales… y su potentísimo aparato de radio transoceánico.

Lo puse en funcionamiento. Su pantalla graduada se iluminó tenuemente. Comencé a mover el dial. Las agujas circularon sobre las sintonías europeas.

Nada.

Ni una voz, ni una música, ni un sonido. Sólo interferencias, parásitos y cosas así. Miré, demudado a Ewa. Tenía el rostro como el papel, la respiración contenida, los ojos fijos en mí, con la expresión de pánico más intensa que jamás vi en nadie.

Probé otra banda y frecuencia. América. Del Norte y del Sur. Pasé a las emisoras africanas.

Nada.

En estos momentos, en todo el mundo, ningún país transmitía por radio. NADIE daba señales de vida en el planeta.

Y eso sólo podía significar una cosa. Una cosa horrible y escalofriante, que yo había empezado ya a sospechar.

Que todo el mundo estaba paralizado, convertido en estatuas de aspecto humano, cada vez más vidriosas y azules, como si fueran perdiendo, incluso, su naturaleza primitiva, bajo los efectos de la fantástica metamorfosis.

Nos quedamos mirándonos fijamente, en silencio, conscientes del horror que la radio de Quincy nos acababa de revelar con su mutismo, infinitamente más expresivo que millones de palabras. Y mucho más terrible también.

En ese momento, sentí un escalofrío.

En alguna parte sonó un vidrio al romperse. Luego… luego sentí pasos que se acercaban a nosotros.

Ewa miró por encima de mi hombro, esperanzada. Luego, su faz se transfiguró; Vi el terror en ella. Vi que sus cabellos se erizaban.

Y lanzó un horrible alarido, que me obligó a volverme violentamente, para averiguar la naturaleza de aquel nuevo motivo de pánico.

Lo que vi heló la sangre en mis venas.

Segunda Parte: PIEDRA VIVIENTE

Capítulo 

—¡No, Todd! —gritó agudamente Ewa—. ¡No puede ser, no puede ser! ¡Eso no es posible, Todd, querido…!

Hubiera querido que no lo fuese. Lo malo es que sí era posible. Estaba sucediendo. Allí, ante nosotros…

Resultaba escalofriante. Aterrador.

Como si de repente, todo estuviera trastocado, como si las cosas hubieran invertido su orden y su ley natural, para convertir al planeta en un mundo demoníaco y enloquecedor.

—Dios mío… —susurré, sintiendo el hielo en mis venas, en mi espina dorsal, incluso en mi corazón repentinamente apretado y dolorido—. Karin… *¡Karin!*

Era ella. Karin.

La hermana de Ewa. Tal como la viera en el baño. Casi desnuda. Azul. Muy azul. Extrañamente azulada ahora su piel. Aparentemente rígida, endurecida, como vidrio o diamante. Se movía hacia nosotros con una rigidez inquietante. Paso a paso. Sus movimientos producían un roce estremecedor en el suelo. Era… era como ir arrastrando pesadamente una estatua o un bloque de piedra.

Ewa sollozaba, viendo a su hermana de aquel modo. Luego, su ternura, su sangre, pudo más que todo razonamiento. Se precipitó hacia ella, decidida. Abrió sus brazos. Los ojos mostraban llanto cuajado.

—¡Karin, hermana! —sollozó—. ¿Qué han hecho de ti, querida mía?

Repentinamente, el timbre de alarma sonó en mi mente. Una luz roja parpadeó, allá en el fondo de mi aturdido cerebro.

—¡Nooo! —grité—. ¡No, Ewa, eso no!

Era tarde. Ewa, ingenuamente, se precipitaba en brazos de la figura azul, endurecida y rígida. No sé por qué se me ocurrió. Pero lo hice.

Crucé mi pierna por delante. Ewa tropezó. Era una zancadilla canallesca, pero absolutamente necesaria. Imprescindible.

Cayó cuan larga era, sin llegar a tocar a la figura azul viviente, con el cuerpo de Karin, con su rostro, con sus ojos, pero con un gesto petrificado y hermético, con una coloración azul en su epidermis y cabellos, e incluso en el blanco de sus ojos y en el rojo de sus labios, que le hacía creer a uno en la presencia de una estatua de lapislázuli o de zafiro.

Karin siguió quieta, inescrutable como una esfinge. En realidad, creo que lo era. Ewa me miró, dolorida.

—Todd, ¿por qué? —gimió—. ¿Qué significa…?

—Mira, Ewa —murmuré—. Creo que esta figura… que conocimos como a Karin…, ya ni siquiera es ella…

Y traté de tocarla, retirando rápidamente mi brazo.

De no haberlo quitado rápidamente, como una centella, me hubiera quedado manco para siempre, aunque dadas las circunstancias no sabía si valía la pena conservar los miembros, ni siquiera la propia vida.

Karin me lanzó un golpe terrorífico con uno de sus azules, helados brazos. Fue como el mazazo de un bloque de granito. No me tocó, pero sí alcanzó un mueble inmediato. Se hizo astillas, brutalmente, pulverizado por el impacto de aquella materia, dura como la propia piedra…

—Todd… —sollozó Ewa—. Ni siquiera nos conoce… ¡Y es mi hermana!

—No, Ewa. Dudo que sea tu hermana. Ya no es nada. Sólo una nueva «cosa», un bloque de materia granítica, azul… Primero una paralización completa. Luego, la escarcha azul. Finalmente, el endurecimiento… y el retorno a una actividad lenta, pero demoledora… ¡Ewa, si todo el mundo es como Karin ahora, vamos a estar rodeados de auténticas máquinas trituradoras, de seres mortíferos como jamás los hubo!

Ella asintió alucinada, con un destello de comprensión en sus ojos. Eludiendo la proximidad de la que alguna vez fuera su hermana Karin, y que sólo conservaba de ella lo puramente físico en su envoltura, se movió hacia mí, aferró mi mano, mientras yo vigilaba a Karin, demasiado próxima a nosotros para confiarnos con su presencia.

—Y ahora, ¿qué vamos a hacer? —susurró, angustiada.

—No lo sé. De momento, salir de esta casa. Buscar algún lugar seguro, donde no haya cuerpos humanos azules… —Tiré de ella con

energía—. Vamos, querida… Hay que salir de aquí cuanto antes… Mira. Ella empieza a moverse.

—Todd, tendríamos que intentar algo… Karin tiene que reconocerme… Algo ha de quedar de lo que ella fue…

—No podemos correr ese riesgo, querida. Imposible. Si lo hiciéramos, podríamos perderlo todo: la vida, nuestra seguridad… momentánea, al menos. Si nos hiere o mutila, todo sería ya infinitamente más difícil…

—¿Crees… crees que puede ser tan agresiva?

—Ya viste lo que intentó conmigo. Mira su rostro. No tiene expresión humana ya. Es una piedra granítica, un cuerpo de extraña materia… Por alguna razón que no entiendo, se han trastocado las materias, su estructura molecular o atómica adopta otras formas y densidades tras el fenómeno de la parálisis total…

—Dios mío, Todd, ¿en qué horror hemos caído?

—Si lo supiera… —Sacudí la cabeza, con gesto de terror—. Mira. Viene hacia nosotros de nuevo. Karin es peligrosa. Sin duda, todos ellos lo serán ahora…

Eludimos su contacto. Aun así, Ewa quiso apurar las posibilidades, e hizo una última prueba, sin contar con mi aprobación.

Antes de salir, extendió su mano. Tocó el hombro, el cuello de Karin…

Lanzó un grito agudo de horror. Retiró vivamente sus dedos, y eso la salvó, aunque yo tiraba ya de ella impetuosamente.

Karin se volvió. Su brazo se había disparado, demoledor. No halló a Ewa. Ni a mí. Pero un muro se desgajó, con un boquete formidable, por el que penetró el brazo de la estatua azul que un día fuera un ser humano como cualquier otro.

Salimos del *bungalow* como si nos persiguiera el diablo. Y creo que, en el fondo, no era una mala comparación, dado el caso…

* * *

—Todd, ¿qué ha ocurrido, exactamente?

—No lo sé —suspiré, caminando incansable, con Ewa a mi lado, lejos de las que ahora sabía eran peligrosísimas estatuas azules—. Todo se ha desquiciado. Se ha roto. Es el mundo entero, ya lo he comprobado. No sé si habrá más supervivientes que nosotros dos. Es posible que sí. Pero según donde se hallen, pueden pasar décadas

enteras hasta encontrarnos… si es que nos encontramos.

—Entonces, ¿qué podemos hacer?

—Nada, por el momento. Seguir ocultándonos de esos enemigos en que se han convertido para nosotros los propios seres humanos.

—Pero si atacan… es que aún piensan, aunque sea erróneamente…

—Pudiera ser. Algún residuo mental, un rincón de su cerebro… Pero obran como máquinas averiadas. Si todos actúan como Karin, será como ver pelear titanes de piedra. Al ser viviente que cojan en medio, está perdido.

—¿Crees que pudo ser una guerra nuclear súbita?

—No lo creo —rechacé—. Ha de ser otra cosa… Yo estaba con mis vendas, mis ojos cerrados. Cuando los abrí, era esto lo que me encontré. Sólo que aún no tenían ese color azul, ni esa dureza… Es como una mutación paulatina…

—Yo había bajado al sótano, estaba buscando unas cosas extraviadas… Al subir, todo estaba así, Todd… Como si de repente nos hubiéramos vuelto a mirar a la Gorgona… y nos hubiera convertido su mirada en piedra…

—La Gorgona… Los ojos de la Gorgona… La Medusa… —reflexioné sobre esa idea, sin saber la razón exacta—. Espera… ¿Tú estabas en el sótano, dices? ¿Sin luz, sin aberturas?

—El sótano no tiene rendijas. Estaba totalmente a oscuras. ¿Por qué lo dices?

—Espera, Ewa… Creo que voy entendiendo algo… —me excité—. No servirá de mucho, pero al menos sabremos a qué atenernos… ¿Nadie te habló esta noche de… de una luz especial en el cielo, como si se hiciera de día?

—¡Sí! —afirmó ella—. Karin la vio. Y otros vecinos…

—Exacto. Karin la vio. Y mi enfermera. Y los demás… Luego, ocurrió eso. Vieron una luz bellísima, del espacio… ¿Era realmente una luz? ¿Un cometa, una forma cósmica… o un ojo?

—¿Un ojo?

—El de la Medusa —afirmé, roncamente—. Una luz espacial que alteró la materia, que frenó la vida animal, quizá también la vegetal, aún no sabemos…

—¿Puede existir una luz así, Todd? —dudó ella.

—De hecho *existió* —dije, gravemente—. Vieron esa luz. Era como un majestuoso cometa, como una aurora boreal… Hermosa de luz, de color… Pero mortal. Fatídica para la vida orgánica terrestre. Sólo los

que no podíamos ver esa luz…, nos quedamos normales…, ilesos. Habrá algunos otros, claro está.

—¿Quiénes?

—Si mi teoría es cierta…, mineros, ciegos, gente en subterráneos o recintos herméticamente cerrados… Debemos buscar, utilizar, si es preciso, una central de radio o de televisión.

—¿Crees que será posible?

—Ahora, todo es posible… y todo es imposible, según se mire… Escucha, querida. Debemos ir a la emisora más potente de la ciudad. Mejor la televisión, sí. La BBC debe estar paralizada, como todo lo demás. Intentaré ponerla en funcionamiento.

—Nosotros dos… ¡moviendo una emisora de televisión! —se asombró ella.

—Sí, querida. Eso es lo que vamos a hacer. Y ojalá tengamos algún éxito… Es una de las pocas posibilidades de ponernos en contacto con supervivientes. Luego usaremos la radio. Los ciegos nunca conectan un televisor. Sería absurdo. Escuchan la radio. Emitiremos también desde la BBC a todo el país, al mundo entero, si es que nos escuchan… Será la primera llamada de emergencia… y esperanzadora a la vez.

—Sí, Todd, vamos ya…

—Con cuidado —avisé, señalando una esquina inmediata—. Mira eso.

Ella se estremeció, pegándose a mí. Caminamos con cautela, alejándonos de esa esquina. Hasta una docena de seres convertidos en piedra azul, se golpeaban mutuamente, como monstruos titánicos. Sus golpes retumbaban sordamente, como martillazos en la roca. Saltaban chispas de sus contactos brutales.

Uno de los seres cayó sobre una gran tienda, destrozando su escaparate. El estrépito fue ensordecedor, y la estatua viviente se quedó allí tumbada, como una tortuga que cae sobre su caparazón, sin poderse mover ya.

Calculé que debían pesar, con su actual materia endurecida, en vez de la carne humana, al menos mil quinientas libras cada mole azul. Torpes, lentos pero amenazadores. Así eran ahora los seres humanos que quedaban en el mundo…

Alcanzamos la emisora de la British Broadcasting Corporation. Me resultó más fácil de lo imaginable, conectar la televisión y un canal de radio muy escuchado antes de suceder todo esto. Hablé simultáneamente por ambos medios, en un mensaje breve y patético,

que confié llegase lo más lejos posible. Mis palabras eran emocionadas pero breves. No quería hacer perder el tiempo a nadie. Además, ignoraba si los monstruos de piedra podían oír… y dirigirse a la emisora de radio y televisión con ideas agresivas.

—Escuchad todos, hermanos del mundo —comencé—. Existimos de momento dos supervivientes en Londres. Queremos saber si existen más en otros lugares o en esta misma ciudad. Un azote horrible se ha desencadenado sobre nosotros. Es preciso luchar con todas las fuerzas, si queremos sobrevivir. Cuidado con esos seres que se han vuelto azules y endurecidos. Son agresivos. No sienten. Ni siquiera son ya los seres que conocimos. Un hermano, un hijo o un padre, puede asesinarnos de un solo golpe, aplastándonos el cráneo o el cuerpo entero. Manteneos apartados de ellos. Comprobad si hay alimentos y agua potable, pero antes comprobad si existe radiactividad. Ignoramos qué pudo provocar este caos, pero he recordado una luz radiante y hermosa que brilló esta noche en el espacio. Pudo ser ese fenómeno el que petrificó a los seres humanos… Yo estaba ciego momentáneamente. Por eso me libré. Mi prometida estaba en un sótano al que no llegaba la luz. Buscad mineros, ciegos, submarinistas en acción a grandes profundidades, excavadores y personal similar. Entre ellos es posible que haya más supervivientes que en otras ramas humanas…

»Os deseo suerte a todos. Si podéis venir a Londres, buscadnos. Es preciso unirnos para luchar por la supervivencia, los pocos que quedemos en pie, dueños de nuestra mente y de nuestros actos. Yo recomendaría, por si se repitiera el fenómeno luminoso, adquirir gafas especiales, como las usadas contra explosiones nucleares, para proteger los ojos del ataque luminoso, auténtico ojo de la Gorgona que vuelve piedra a los seres vivientes… También los animales fueron convertidos en piedra. Recordad: no os acerquéis a esa gente petrificada, aunque fuesen amigos, parientes o seres queridos… Ya no son nada de eso. Sólo enormes titanes pétreos que se destrozan entre sí. Adiós, amigos. Hasta pronto. Si alguien vive en Londres, que venga a la BBC. Pero que vigile previamente. Es posible que ellos, los hombres de piedra azul, puedan escuchar y comprender. Y no nos queda ya duda alguna: son enemigos nuestros. Ignoro la razón que les mueve en su nuevo estado en forma agresiva, pero es así. Repito: acudid aquí, buscad contacto con nosotros dos… Llamadnos por nuestros nombres: Todd y Ewa…

La alocución había terminado. Me sentí más satisfecho, más esperanzado que nunca, a pesar de que tenía ya confianza en muy pocas cosas. Aferré a Ewa por sus hombros, la atraje hacia mí, la besé, y murmuré, emocionado:

—Ewa, querida… Ahora estamos solos frente a un mundo diferente, hostil y extraño… Es preciso luchar como nunca lo hicimos… ¿Estás dispuesta?

—Todd, a tu lado soy capaz de todo —susurró ella, dulcemente, mirándome con ternura.

—Gracias —susurré.

Y tiré de ella hacia la salida de los estudios de radio y televisión.

Lancé un grito ronco. La eché atrás, cuando llegábamos a la salida del edificio de la BBC británica. Lo peor había sucedido. Mis sospechas, aunque horribles, resultaban desgraciadamente ciertas.

—¡Los seres azules! —rugí—. ¡Nos rodean por todas partes!

Era cierto. Muy pálida, temblorosa, Ewa me contempló con horror. Su voz llegó a mí en un débil murmullo:

—Todd… Oh, Todd, ¿qué va a ser de nosotros ahora?

—No lo sé —murmuré, angustiado, contemplando a las auténticas legiones de moles de piedra con apariencia humana, que mezclados o en hileras, procedentes de todas partes, acudían hacia el edificio como a una llamada colectiva.

Una llamada que, desgraciadamente, yo mismo había lanzado a las ondas.

Ahora tenía una nueva y más ingrata convicción, capaz de aterrorizarme hasta límites inauditos.

—Dios mío… —oí murmurar a Ewa—. Nos triturarán…

—Sí, Ewa. Es un ataque en toda regla. Masivo. Eso indica algo muy grave.

—¿Y es…?

—Que esos seres *siguen pensando*. Pero piensan de distinta forma… como enemigos de otra especie. Algo alteró sus cerebros decisivamente. Y una mole semejante, movida por un cerebro enloquecido o trastornado, es lo más terrible que pueda imaginarse…

La marcha silenciosa ponía los cabellos de punta. Era estremecedor verles avanzar, produciendo un ruido sordo, como de miles de tanques en inexorable ataque… Sin hablar. Sin pronunciar palabra. Sin mirarse entre sí. Como auténticos robots. Pero robots graníticos, aplastantes, arrolladores…

—Escucharon la emisión —dije, apretando los labios—. La escucharon… y vienen a por nosotros…

—De modo que entienden…

—Sí. Y saben que somos diferentes a ellos… Ewa, es horrible. Luchar contra nosotros mismos, contra amigos, vecinos, conocidos, personas normales, que en sólo unas horas se han convertido en eso…

Dejamos de hablar. La plaza, frente a nosotros, albergaba, cuando menos, a un millar de moles de piedra azul en movimiento.

Esta vez, no había salida posible. Esta vez, quizá era la muerte cierta para ambos…

Capítulo II

—Nunca creí morir de este modo, Todd…

Miré con cierta rebeldía a mi compañera. Apreté los labios, furibundo. Casi mordí las palabras al responderle:

—Aún no estamos muertos —dije—. Ni vencidos.

—No hay salida, Todd. No podemos abrirnos paso entre ellos. Si piensan, si oyen… es que también ven. No es posible huir a esa masa…

—Sin embargo para morir siempre estamos a tiempo. Hay que intentarlo. Ewa.

—¿Cómo? —se desesperó ella.

—No lo sé —confesé abruptamente—. Pero hay que hacerlo. Toma mi mano. No te sueltes por nada del mundo, salvo que yo te lo ordene. ¿Preparada?

—Sí… Pero ¿para qué? —quiso saber.

No le respondí. Por la sencilla razón de que yo tampoco lo sabía. Pero, de súbito, salimos a la vasta plaza frente al nuevo edificio de la BBC. Contemplamos a la masa azul de monstruos de piedra.

Les miré en silencio. No tenían gesto. No parecían mirar. Tal vez estuviera en un error, pero tuve la impresión cierta de que sólo percibían sonidos y la presencia de seres que no fuesen como ellos. Sus ojos tenían una rara fijeza. No parecían reflejar inteligencia. No variaban su visual. Cuando menos, era una posibilidad. Y no estábamos sobrados de ellas. Había que hacerlo contra viento y marea.

—¡Vamos! —susurré, antes de empezar a andar—. No hagas ruido. No roces a ninguno…

Era más difícil hacerlo que decirlo. Era como meterse entre un bosque de cables de alta tensión sin electrocutarse. A veces, entre monstruo y monstruo, había sólo un resquicio por el que pasar, de uno

en uno, con las máximas precauciones posibles.

Yo estaba en lo cierto. No nos veían. Si no hacíamos ruido o no les rozábamos, podíamos salir de aquel amasijo de piedra, realmente estremecedor, viéndonos fuera del ámbito de pesadilla en que estábamos inmersos.

Seguimos adelante. Ya iban quedando atrás muchos de aquellos cíclopes de piedra que eran los afectados por el misterioso «ojo de la Gorgona», como decía Ewa muy atinadamente.

Lo mismo que en la mitología, la Medusa nos había contemplado desde los espacios. Y su mirada había convertido en piedra a los hombres. Lo malo es que esto no era un mito, sino una tremenda realidad…

La marcha se hizo más peligrosa a medida que llegábamos a los límites de la plaza invadida, porque la fatiga y la tensión nerviosa hacía mella en nuestro ánimo y en nuestros movimientos. Un solo paso en falso podía echarlo todo a rodar.

Y el paso en falso llegó, inevitablemente.

Ewa no tuvo la culpa. Ella también estaba sometida a una tensión irresistible. Tropezó en su afán de deslizarse más fácilmente entre cuatro de aquellos humanos de piedra azul. Dos hombres y dos mujeres. El sexo contaba poco ahora. Todos eran idénticos en poderío y peso.

Golpeó a uno de los petrificados. Gritó levemente, asustada.

Fue suficiente.

Toda aquella masa se agitó, como conmovida por un huracán. Pesadamente, pero con firmeza, empezaron a girar, a cerrar filas, a formar un cerco apretado de piedra azul.

Intenté huir, evadirme de aquel círculo implacable, tirando de Ewa a la desesperada. No lo logré. Nos quedamos encerrados en ese cerco.

Inexorablemente encerrados.

—Dios mío, Todd, qué torpe fui… —se quejó ella—. Todo lo eché a rodar…

—Igual pude haber sido yo, Ewa —la calmé—. Era demasiado esperar.

—¿Y ahora?

—Ahora… —contemplé el círculo pétreo, que se iba cerrando, cerrando en torno nuestro, en torno nuestro. Cuando se cerrase totalmente, seríamos triturados, estrujados hasta morir y quedar convertidos en simple pulpa sangrienta.

Tenía método. Frío y mecánico método. Como máquinas o robots.

Habían triunfado sobre el ingenio natural del hombre.

Ahora ya no había salido. Ni otros recursos. Sólo esperar.

Esperar la muerte en aquella especie de máquina aplastante, hecha de mil piezas distintas e implacables…

* * *

La muerte por rodillo de piedra azul no llegó.

Y no llegó porque el nuevo milagro se produjo. Cuando menos podíamos esperarlo ella y yo.

Fue al llegar la primera fila de pétreos adversarios. Asfixiados, agobiados por su proximidad, esperando de un momento a otro sufrir el aplastamiento brutal, descubrí con estupor que mis manos, al resistir por puro instinto, apoyándose en algunos de ellos, para frenarlos en vano… *se hundían* en aquella dura masa.

¡Se hundían, y las figuras de piedra azul se quebraban, se rompían, se desmenuzaban, como si fuesen de azúcar, para terminar desmoronándose convertidas en un cristalino polvo azul…!

Incrédulo, comencé a pegar, a golpear rabiosamente con ambos puños, en aspa. Ewa, tras un instante de asombro sin límites, me imitó. Cargamos unidos contra aquel alud de enemigos mortales.

Su poder se derrumbaba como ellos mismos. Era igual que derribar muñecos de nieve. O aún más fácil. Era hacer azucarillo a estatuas que fueron antes seres humanos, de carne y hueso.

¿Qué otra extraña metamorfosis se había producido en ellos durante este tiempo?

Primero fueron carne, luego piedra azul, quizá un elemento carbónico como el diamante… y la dureza se disolvió en simple polvo ante nuestros ojos maravillados.

Jamás ser alguno destruyó a tantos semejantes, sin sentir dolor alguno, sabiendo que ya aquel organismo no era nada. Que todo había terminado para ellos, desde el momento mismo en que la noche se llenó de una luz radiante y misteriosa, llegada acaso de otras lejanas galaxias…

—¡Ewa, lo logramos! —gemí, emocionado, saliendo con ella de la amplia plaza, rodeados de montículos de polvillo azul, como cristal desmenuzado—. ¡Volvemos a estar libres, a tener una oportunidad, cuando menos!

* * *

Una oportunidad…

Una oportunidad… ¿de qué?

Eso me preguntaba mientras ingeríamos unos alimentos en una vacía tienda de Piccadilly. Al norte de Londres, el incendio seguía progresando paulatinamente, engullendo barrios enteros de la ciudad. El calor era asfixiante aquella noche…

La primera noche tras el horror. Un día entero, vivido entre criaturas increíbles. Y ahora en total soledad. Ya no se veían las ominosas estatuas azules por las calles. No se veía rastro alguno de ser humano, vivo o muerto, normal o petrificado. Montones de polvillo azul señalaban los lugares donde muchos de ellos se habían disuelto, llegado el último trance de su metamorfosis.

Y nosotros, entretanto… Nosotros, allí. Con la noche para nosotros. Con Londres entero a nuestra merced. Propio, como algo que nos pertenecía. Sólo que… ¿para qué lo queríamos ahora?

Los Bancos abiertos a una absurda codicia de un dinero que ya no servía para nada… Joyerías, sastrerías, tiendas de lujo… Yates, barcos, aviones, los coches más lujosos… Y restaurantes, hoteles, mansiones palaciegas, grandes edificios modernos…

Todo nuestro. Ridículamente nuestro.

Rodeé a Ewa con mi brazo. Ella se reclinó en mí. Nos conformábamos con un par de latas de alimento, un poco de molde y unas botellas de cerveza. Eso era todo. Eso… y nosotros dos…

Nosotros dos…

—Ewa…

—¿Sí, Todd querido?

—Ewa, ¿qué podremos hacer a partir de ahora?

—No lo sé. Nadie da señales de vida. Seguimos solos los dos. ¿Hasta cuándo?

—¿Quién sabe? —me encogí de hombros—. Puede ocurrir que tengan miedo, que sospechen una trampa por radio y televisión… Los supervivientes han de estar recelosos. Como nosotros lo estaríamos.

—Sí, es posible que sea eso. Todd, ya ni siquiera podemos casarnos —murmuró ella, con tono ahogado.

—No, ya no. No hay sacerdotes. Ni jueces de paz. Ni siquiera un capitán de barco…

—Pero hay iglesias. Aún existen, Todd. Podemos… podemos

ponernos de rodillas ante la cruz. Y poner a Dios por testigo. Como si Él nos casara…

—Sí, creo que eso sí puede hacerse… Vamos, Ewa, cariño…

La tomé de la mano. Dejamos la tienda de víveres. Encontramos una pequeña iglesia al final de la calle. Entramos en ella. Di las luces de las velas eléctricas. El órgano me pareció terriblemente vacío y solitario, en medio del recinto religioso…

—Vamos —dije, pasando ante él de largo, con Ewa a mi lado—. Será sin música. No hay otro medio… Mi anillo puede servir simbólicamente… Luego te elegiré uno, el más hermoso, en cualquier joyería…

Ewa rio. Aún tenía ganas de reír. Eso me hizo sentirme un poco feliz. Llegamos ante el altar. Miré la cruz. Nos pusimos de rodillas ante ella. Nos miramos. Le sonreí. Y ella a mí con dulzura que quizá jamás tuvo antes.

—Vamos —dije—. Ewa ante esta cruz, en presencia del Señor…, ¿me aceptas por legítimo esposo?

—Sí, Todd, cariño…

—Yo, Todd Nolan, te acepto, Ewa, por legítima esposa… hasta que la muerte nos separe.

Nos miramos. Nos inclinamos uno hacia el otro… Unimos nuestros labios en el silencio religioso del templo vacío.

Entonces comenzó a tocar el órgano.

* * *

Creo que fue el mayor susto que nos llevamos en todas las últimas horas. Y el mayor motivo de asombro.

Giramos la cabeza, con estupor, con sobresalto. Miramos al órgano, antes vacío…

El sacerdote… ¡El sacerdote estaba allí, pulsando las teclas del instrumento, entonando la Marcha Nupcial airosamente!

—Dios sea loado —murmuré—. Ewa…

—¡Un ser humano! —se tambaleó ella—. Otro hombre vivo, Todd… ¡Es increíble!

Nos aproximamos hacia él. Giró la cabeza, sin dejar de tocar. Entendí de pronto. Con la rapidez de un relámpago. Aquellas gafas negras, muy oscuras, la rigidez de su cuello, la sonrisa vaga de su joven rostro…

Ciego.

El sacerdote estaba ciego. Como yo en el momento de estallar la luz celeste. Ahora sí estaba seguro de mi teoría. Absolutamente seguro.

—Padre… —musité, con voz rota.

—Hola, hijos —respondió, apacible—. Buenas noches.

Siguió tocando. Cambié una mirada con Ewa. La idea me asaltó en el acto:

—Ahora sí que puede usted, padre… —comencé.

—¿Casaros? —sonrió—. Claro, hijos… Lo haremos en seguida. ¿Tenéis anillos?

—No. Ni licencia tampoco. Pero anillos hay en cualquier joyería. Nadie reclamará. No es robar, padre.

—No, claro que no —suspiró. Dejó de tocar—. Ya nadie lo reclamará… No hace falta licencia tampoco. Esto es… otra época. Otro momento. No hay ya rutina ni reglamentos. Todo ha de ser práctico…

—Padre, usted… usted está solo aquí, ¿no? —indagué.

—Por completo —suspiró—. El único superviviente…

—Ya entiendo. ¿Sabe por qué?

—Lo escuché en la radio antes. Era usted, ¿verdad, hijo? Su voz… La he reconocido.

—Sí, era yo. ¿Por qué no fue allá, padre?

—No me fiaba. Podía ser un engaño, una trampa.

—¿De los seres azules? —me detuve—. Bueno, usted no puede ver su color. Se petrificó el mundo. Luego se convirtieron en materia pétrea, de color azul. Finalmente, en polvo finísimo…

—No, no sabía eso… Pensé en otra clase de trampa.

—¿De quién iba a ser, padre, si no era de los seres petrificados? No queda nadie más en Londres. Y me temo que tampoco en ninguna otra parte del mundo…, salvo supervivientes como nosotros tres…

El sacerdote mostró un gesto raro en su cara. Luego, sacudió la cabeza, dubitativo.

—De modo que aún no lo saben… —dijo, con desconcertante serenidad.

—No sabemos… ¿qué? —me sorprendí.

—Lo demás… Lo… lo *otro* —dijo, roncamente.

—¿Lo otro? ¿Hay algo más que yo ignore, padre?

—Al menos, no lo mencionó en la radio. Ellos se rieron mucho…

—*¿Ellos?* —sentí un escalofrío—. ¿A quiénes se refiere usted, padre?

El sacerdote nos miraba sin ver, vacíos de luz sus ojos tras los vidrios oscuros. Sus palabras fueron como un mazazo para Ewa y para mí.

—Los niños… —dijo.

Y de la forma que dijo «los niños», me produjo un horror desconocido y profundo. Como si de repente intuyera un infernal abismo en el que aún no había pensado.

—Sí, sí. Usted, que tiene visión, que ha recorrido la ciudad, que ha visto a esos seres petrificados…, ¿recuerda haber visto a *algún niño* petrificado?

—No —negué, atónito. Tragué saliva—. Cielos, presiento algo horrible en sus palabras, sin saber lo que es. ¿A qué se refiere, padre? ¿Qué ocurre ahora con esos niños?

—Lo peor que podía ocurrir, amigo mío… No les ha afectado el fenómeno. No me pregunte la causa. Creo que ellos mismos lo ignoran. Debe ser una radiación visual, pero también mental. La mente de un niño no resulta afectada en igual forma que la adulta…, pero sí sufre una mutación.

—Una mutación… —temblé ante esa posibilidad escalofriante… ¿Qué clase de mutación, para ser sinceros, padre?

—Una realmente espantosa —suspiró—. Se han vuelto repentinamente adultos…, viejos… y crueles. Muy crueles. Todos los niños, ¿comprende?, todos los niños… han sufrido un desgaste mental que les hace casi seniles, con una maldad rayana en el salvajismo, en una refinada bestialidad propia de unos monstruos deshumanizados…, Niños y niñas…, viejos de mirada y de gesto, que sólo piensan en el odio, en el mal, en destruir…, en torturar y en matar, si les es posible…

—¿A quién, si sólo están ellos con vida?

—Ahí tiene usted la respuesta precisamente. Se destruyen entre ellos mismos…, mientras no tienen a *otras* personas a quienes atacar…

—Comprendo. A usted, cuando menos, le han respetado. Ya es algo, padre…

—¿Usted cree? —Una sonrisa amarga curvó sus labios—. Mire, ¿cree que esto es realmente respetarme?

Nos mostró sus manos, sus muñecas… Temblé de horror y aferré a Ewa, que me miró alucinada, llena de pánico.

Le habían abrasado las uñas con carbones. Y tenía sus manos y muñecas llenos de llagas, cortes y ampollas de quemaduras…

—Dios mío, padre. Sería espantoso que volvieran…

—Volverán —sentenció él, fríamente—. Han escuchado su charla

por la radio. Seguramente habrán ido a la BBC en busca de ustedes dos… Decían que ya tenían diversión segura. Y no quiero imaginar qué clase de diversión buscarán esos maníacos horribles…

—No, yo tampoco —convine, estremeciéndome—. Vamos, padre, cásenos cuanto antes… y nos ocultaremos en alguna parte…

—Les encontrarán. Baten todos los rincones. Están organizados, son astutos… Se hacen llamar a sí mismos Los Guardianes. Dicen que ellos guardarán el mundo que les han dejado. Van armados. Son muy peligrosos…

De eso, no me cabía ya duda alguna. Estábamos enfrentados a unos seres atrozmente temibles. El rito de la boda fue rápido y preciso. Me sentí más feliz, unido de por vida a Ewa, mi compañera. Por otro lado, me sublevaba dejar solo al sacerdote, con aquellos monstruos infantiles a quienes respetó la Gorgona con su mirada terrorífica.

Pero tampoco podía yo arriesgar la vida y la seguridad de Ewa quedándome en aquel lugar al que sin duda volverían los llamados Guardianes…

—Vamos, Ewa —dije, al fin de la ceremonia—. No hay tiempo que perder. Adiós, padre…, y gracias por todo.

—Adiós, amigos. Suerte. Y eviten encontrarse con ellos…

Nuestra idea era realmente evitarlo. Abandonamos por eso la iglesia rápidamente.

Nos detuvimos en seco, al pisar la acera.

Salieron de todas partes. Era una pequeña horda infantil, pero como dijera el sacerdote, extrañamente viejos, como agostados antes de ser hombres. Rugosas caras redondas, expresiones malévolas… Porras, cadenas, cuchillos y hasta pistolas, formaban su arsenal.

Nos rodearon en la acera. Gritaron como salvajes, dando saltos de júbilo. Sus miradas tenían un algo inhumano que provocaba escalofríos.

—¡Ya están! ¡Ya cayeron! —les oí gritar, jubilosos, bailoteando en torno nuestro como demonios maléficos—. ¡Ya son nuestros el chico y la chica de la BBC!

Niñas y muchachos no mayores de ocho a diez años, hablaban y gesticulaban como adultos precoces. Sus mentes habían evolucionado hasta límites increíbles…, pero totalmente insanas y llenas de maldad.

No podíamos hacer nada. Poco después, sujetos por la banda infantil, compuesta de más de cincuenta de aquellos niños, armados y brutales, éramos conducidos a un cercano almacén, donde nos introdujeron a golpes.

Uno de ellos alcanzó a Ewa en la boca. Vi sangrar la comisura de su labio. Furioso, grité al lanzarme sobre los niños crueles. Golpeé a dos de ellos, arrojándoles lejos, como monigotes.

Pero unos golpes de cadena y otro con una barra de caucho, me hicieron caer, sangrando por la nariz, y supe que estaba vencido. Vencido por aquella horda de pequeños monstruos de maldad.

Capítulo 

Nunca olvidaré mientras viva aquellos momentos alucinantes.

Fuimos casi desnudados y prendidos de unas grandes barras de hierro en el muro. Azotaron a Ewa, la torturaron refinada y cruelmente, hasta que sollozó, pidiendo perdón, clamando por morir, antes de sufrir más, y eso pareció divertirles hasta bailotear como pequeñas y horribles criaturas del mal.

También yo fui torturado de modo feroz y persistente, hasta que el dolor me agotó y perdí el conocimiento. Como no me quejé ni pedí clemencia, volvieron a iniciar la tortura, esperando gozosos el momento de mi debilidad.

No quise darles ese gusto. Pero me costó desvanecerme de nuevo, virtualmente cosido a crueles alfilerazos que destrozaban mi cuerpo todo, quemándome o haciéndome excitar los centros nerviosos hasta el paroxismo.

Su conocimiento de la crueldad humana y del dolor ajeno, denotaba una mutación mental horripilante. Sus mentes ahora eran las de adultos nacidos nada más que para disfrutar dañando. Tenían ya muy poco de seres humanos. Y absolutamente nada de niños, salvo su estatura y sus rostros de enanos.

Cuando me recuperé de uno de los desvanecimientos miré a mi alrededor. Nos habían dejado solos en el oscuro almacén destartalado, a Ewa y a mí…

—Ewa… —susurré, en voz baja.

—¿Sí, Todd? —respondió ella amargamente, tras un largo silencio,

—Ewa, ¿han seguido haciéndote daño?

—Se cansaron. Creo que iban a alguna parte, para regresar después y seguir dañándonos. Somos su juguete predilecto. Nos harán trizas

lentamente, hasta hacer de nosotros dos peleles sangrantes, Todd.

—No, no harán eso, malditos sean todos ellos —rugí—. Hemos de huir de aquí, Ewa.

—¿Huir? ¿Adónde, Todd? —murmuró ella, amargamente—. ¿Y cómo?

—No lo sé… Tiene que haber un medio.

—Me temo que no lo haya. Al lado de estos pequeños monstruos, los seres azules eran compasivos… Están por todas partes. Y nos tienen bien cogidos…

—Si logramos salir de aquí, te prometo que tomaré un arma de fuego. Nos defenderemos, aunque sea acribillándoles a tiros, palabra.

—Para eso tendríamos que salir antes de aquí. Y no veo el medio humano, Todd.

—Tiene que haberlo. Sé que *tiene* que haberlo… Si diera con ello a tiempo…

—Es en vano, Todd. No podemos encontrar el medio de salir de aquí. No hay forma de romper estas ligaduras, de bajar de estos hierros, de abrir esa puerta atrancada y asegurada… ¿Qué esperas? ¿Algún otro milagro?

—No —negué rotundamente—. Ningún milagro… Solamente una posibilidad favorable. Lucharé por ella, Ewa. Con toda mi alma. ¡Desesperadamente!

Y luché.

Apenas sabía cómo hacerlo. Pero lo hice. La desesperación de un hombre puesto en el dilema de morir o luchar por la existencia, es capaz de conseguir prodigios.

Tras una serie de esfuerzos, sangrando mis muñecas, había logrado cortar parte de mis ligaduras de cuero, oprimiéndolas contra una de las aristas de los hierros en que estábamos colgados. De ese modo, quedé colgado por un solo brazo. Desprendí las ligaduras de ese otro brazo, con lentitud y exasperante dificultad.

Finalmente, ya libre, salté a tierra. Flexioné mis doloridos miembros tras la tortura sufrida. Y logré lo que buscaba.

Ya recuperado en parte, procedí a liberar a Ewa. Fue un esfuerzo titánico más, y a mordiscos logré romper sus ataduras.

—Ya está conseguida una parte —dije roncamente—. Ahora, vamos a por el resto…

* * *

El resto estaba hecho.

Antes de que los pequeños monstruos volvieran a su cubículo, ella y yo estábamos fuera, tras haber utilizado una salida de fétido olor y aguas putrefactas. No había ratas, cuando menos, en aquel sumidero. También ellas habían perecido con la humanidad.

Nos encontramos fuera, de nuevo en la calle, en plena madrugada. Estaba a punto de amanecer en el Londres desierto y terrible en que vivíamos. Eran muchas las horas pasadas en el sufrimiento de aquella atroz tortura en poder de los niños monstruosos.

Encontré una armería. Tomé dos rifles, dos revólveres y cuatro cajas de cartuchos. Cargamos con todo eso. Si había cacería en la ciudad, no íbamos a ser ya una presa sencilla ni indefensa, para la horda de pequeños monstruos.

—¿Crees que sabré utilizarlo? —dudó Ewa.

—Claro. Y recuerda algo: tira a matar. Esto es la jungla, querida. Se trata de matar… o morir. Es la alternativa única que existe.

Asintió ella. Comprendía que no había otro camino en la desesperada lucha actual por la supervivencia…

Nos dirigimos calle abajo, por aquel Londres desierto y silencioso, entre autobuses tradicionales de dos pisos, los accesos al *underground* y los entrañables perfiles del Parlamento, la Torre y todo lo que significó algo durante la existencia de nuestro mundo en la ciudad que me vio nacer.

Amanecía por Oriente, con tonos rosados. Emergían por el norte las llamaradas violentas del devastador fuego de la gasolinera, extendido ya a manzanas enteras. Nadie se preocupaba de extinguirlo, nadie de aislarlo. Y después de todo, ¿para qué?

—Debemos ser un mundo de tarados —suspiré—. Ciegos, niños envejecidos y crueles… No sé, Ewa. Todo esto me parece una espantosa pesadilla de la que un día despertaremos, encontrándonos con que nada ha ocurrido.

—Esto no es el País de las Maravillas, Todd, ni yo soy Alicia —se lamentó ella, amargamente. Sacudió la cabeza en sentido negativo—. No, no hay despertar. Y si lo hay, sería más amargo que la propia realidad.

—Es cierto. —Miré a un lado y otro de la calle. No se escuchaba un ruido. Ni una voz. Pero eso no debía confiarnos. Los niños terroríficos eran astutos y solapados como auténticos veteranos en una guerra de guerrillas—. Ve con cautela. No te confíes en absoluto.

—¿Confiarme? —rio agriamente, de un modo doloroso—. Creo que ya jamás me confiaré de nada ni de nadie, excepto de ti. Eso si existe un futuro que nos dé tiempo a vivir el tiempo que sea…

—Deseo vivir, Ewa. Y deseo que vivas tú —murmuré, roncamente—. Eso es lo que debe importarnos a ambos.

—Sí, Todd, pero empiezo a estar cansada.

—¿De vivir? —la miré con alarma.

—De todo —suspiró, deteniéndose en una esquina. Se apoyó en el muro, casi con pereza—. Ni siquiera sabemos adónde vamos.

—A cualquier sitio —me encogí de hombros—. Eso no importa ya demasiado. Todos los lugares son iguales ahora. Yo…

—¡Todd! ¡Cuidado! —susurró, con un destello de alerta en sus ojos vivaces.

Giré la cabeza. Ewa empezaba a tener una sensibilidad notable para captar lo que era peligro. Imagino que eso aumenta con la lucha y el acecho casi animal, en la jungla, sea de espesura o sea de asfalto…

—Sí —asentí sordamente—. Están ahí otra vez… Son ellos.

—¿Qué hago? —le temblaba la voz, recordando sin duda los atroces tormentos sufridos en manos de aquellos pequeños monstruos de maldad y perversión sin límites.

—Espera. En cuanto asomen y estén a tiro, dispara. Sin piedad, Ewa.

—No la tendré —murmuró, fríamente—. Ellos tampoco la tuvieron conmigo, Todd. Ni siquiera puedo considerarlos seres humanos. Menos aún como niños…

—Ya no son niños. La mutación alteró su genética y su evolución normal. Yo diría que son adultos con sólo una parte del cerebro en funcionamiento: la que les mueve a la crueldad y al odio, y el placer por medio del mal. No te compadezcas de ellos. Dejaron de ser quienes eran en cuanto les alteró el estado normal suyo ese fenómeno inexplicable que hemos calificado como «el ojo de la Gorgona»…

—¡Ya vienen! —susurró ella, viendo deslizarse por entre los autobuses y coches las figuras pequeñas, sigilosas, malignas, en dirección a nosotros, por tres lados distintos.

—Procura poner la pared a tus espaldas. Que siempre los tengamos de frente y a los flancos —avisé—. Y ahora, querida… ¡fuego a discreción!

Empezamos a hacer crepitar los rifles de repetición. Eran modelos potentes, rápidos, de fácil manejo. Con cargas de veinte proyectiles. Barrimos la calle, en medio de un auténtico caos de estampidos y

maullar de balas, mezclado con gritos agudos, de horrible dolor, destrozo de vidrios y rebotes en los metales de los automóviles abandonados.

En poco tiempo, más de una veintena de niños-viejos yacían sin vida por el asfalto. Los demás huyeron cuando yo comencé a disparar el revólver, en tanto recargaba Ewa el rifle. No les dejábamos reposo. No podían aproximarse.

Maté a dos de ellos a menos de tres yardas de nosotros. Apuntaba a la cabeza, sin vacilar. No sentí piedad alguna al verlos caer. No me era posible olvidar el terrible dolor físico de mis torturas y el moral y psíquico de las torturas infligidas a mi esposa…

—Ya se fueron —resoplé, mientras esgrimíamos los rifles, repletos nuevamente de munición—. Creo que, por el momento, se lo pensarán mejor. No vendrán a por nosotros, estoy seguro, en tanto nos vean armados…

Asintió Ewa, que miraba como aturdida a las criaturas horribles a quienes ella había aniquilado. Era la primera vez que mataba. No sentía tampoco pena ni dolor. Sólo sorpresa, aturdimiento, quizá un poco de miedo de sí misma. Estábamos empezando a comportarnos como animales acosados.

Me aproximé a uno de los niños muertos. Era repulsivo. Tenían su carita infantil surcada de arrugas, con el rictus maligno del odio en sus labios apretados. Me volví hacia otro de aquellos niños envejecidos en horas como si hubieran vivido medio siglo o más. Retrocedí, lleno de horror.

—¡Mira eso! —llamé a Ewa—. No es posible…

Ella clavó sus ojos en «aquello» que le señalaba. Sacudió la cabeza, con trémula expresión de espanto.

—No, Todd. ¿Por qué eso? ¿Qué está ocurriendo?

—No lo sé. Quizá la vejez de estos niños supere todo lo previsible. En poco tiempo han salvado distancias inmensas de años, de lustros, de décadas… Y ahora, al morir… ¡mira en lo que se convierten, Dios mío!

Recordé vagamente a Edgar Allan Poe en su relato corto del «señor Valdemar». No había otro término para describir la «cosa» informe en que cada niño cadáver se iba transformando, a medida que transcurría el tiempo… Eran como charcos viscosos, purulentos, de un fétido olor irrespirable… Sencillamente, se disolvían, se disgregaban en una piel babosa, fofa, y su organismo todo se hacía repugnante.

Sentí náuseas. Creo que vomité. Ewa no dijo nada, pero estaba muy

pálida. La tomé por un brazo. La aparté de allí lentamente.

—Vamos —dije—. No merece la pena ver cosas así…

Nos alejamos del lugar. Ella me contempló con angustia. Sabía que quería hacerme muchas preguntas. Pero sólo formuló una tensa y amarga:

—Todd, ¿cómo pudo suceder algo así? Sólo fue una luz, un estallido cósmico acaso…

—Quizá nunca sepamos lo que fue realmente —gruñí hoscamente—. Ni vale la pena, supongo. Lo cierto es que un día, de súbito…, el mundo entero dejó de ser lo que era. Es como si un invasor desconocido y terrible invadiera los países, los continentes… Un nuevo Napoleón hecho de muerte, de mutaciones, de genética demencial, de transformaciones increíbles… Y sus cien días de reinado pueden durar siglos… o terminar mañana. O no acabar ya nunca, por toda una eternidad…

—Cabellera de serpientes, ojos que petrificaban a los hombres… —recitó sordamente Ewa—. Fue muerta por Perseo, y dio a luz a Pegaso…

—Un hermoso mito —asentí, sombrío—. La Medusa… o la Gorgona. Sí, esa es la historia de un mundo mitológico. Tiene poesía. Esto, no. Es monstruoso, cruel, estremecedor. No tiene nada bello. Es sórdido, infrahumano… Unos seres se hicieron estatua… y como tales se extinguieron, convertidos en polvo. Otros, envejecieron siglos en unas horas… y luego se corrompen al morir. Y nosotros…

—Nosotros, ¿qué, Todd? —quiso saber ella, tristemente, mirándome fatigada.

—Nada. No sé… Seguimos adelante. Es suficiente. Más de lo que hubiera podido esperar al principio de todo.

Y eso hicimos ahora. Seguimos adelante. Por una ciudad sin más habitantes que nosotros dos, un sacerdote ciego, acaso algún otro que no conocíamos… y unos niños monstruosos, que luego no eran sino podredumbre inmensa.

Seguimos adelante…, sin saber hacia dónde. Ni hasta cuándo…

Capítulo IV

Con el nuevo día, la soledad se había hecho aún más obsesiva. Ver la capital bajo el tibio sol nublado, y no poder hablar con nadie, no ver a ser viviente alguno, no captar el pálpito vital, era demasiado terrible. Demasiado demoledor para el ánimo más firme y templado.

Dejé a Ewa, con su rifle y sus municiones, acomodada en un pequeño local donde nos habíamos habilitado momentáneamente un alojamiento. En las proximidades vi un supermercado. Tomé de él latas, pan envasado, latas de cerveza. Yo no era un experto nuclear. No podía saber si existían radiaciones tras el fenómeno luminoso de aquella noche. Valía más no arriesgarse en vano.

Almorzamos frugalmente. No teníamos demasiado apetito, después de todo. Tras un tiempo breve de reposo, emprendimos otra vez la marcha. El humo del incendio formaba ya una densa nube sobre el norte de la ciudad. El aire olía a quemado. Especialmente a goma y a plásticos. A media tarde, una explosión sacudió la ciudad. Nuevas llamas se elevaron por otro punto.

Caminé resueltamente con Ewa, en busca de otro alojamiento. Nuestro mayor error hubiera sido quedarnos en el mismo mucho tiempo. No debíamos hacerlo en modo alguno. Sería como entregarse a la ferocidad de los niños monstruosos que sobrevivían. Para ellos, localizar un escondrijo era cosa fácil. Localizar cada día dos o tres, era mucho más complicado, y a veces irrealizable.

Encontramos un lugar adecuado, cerca de Chelsea. Había que huir de la zona del incendio, buscando el fresco alivio de las orillas del Támesis. En vez de tomar una casa particular como escondrijo, elegimos un pequeño cinematógrafo. Arriba, en la cabina de proyección, nos acomodamos lo mejor posible. Desde allí era fácil dominar toda la sala

y sus accesos, sin ser visto.

—Incluso podríamos ver la película que tenemos ahí —señalé las latas de celuloide, y miró su rótulo indicador. Me estremecí. Era lo único que nos hubiera faltado—. «La hora final», Ewa. No creo que te seduzca verla.

—No, en absoluto —rechazó ella, vivamente.

Descansamos un tiempo sin movernos de allí. Creo que fueron en total cuatro o cinco fechas. Con las provisiones traídas de un supermercado, nos bastó para cubrir nuestras necesidades de esas fechas.

Luego…

Luego, de repente, oímos el grito en la calle.

Y vimos a la mujer.

* * *

Era una mujer rubia y atractiva, de unos treinta años de edad. Iba casi desnuda. A fin de cuentas, nadie podía admirar su tipo por las calles. Y de haber habido alguien, dudo que sus pensamientos hubieran sido eróticos. Aunque quizá también la ausencia de mujeres supervivientes fuese un problema para alguien.

Corría y gritaba, todo a la vez, como perseguida por alguien. Estaba amedrentada, y en seguida pensé en los diabólicos niños-viejos, acosándola malignamente por entre vehículos y edificios.

Salí del cinematógrafo, tras descubrirla desde una ventana, y la alcancé en la esquina inmediata. Ewa montaba guardia en la ventana, rifle en mano.

—¡Vamos, espere, espere! —la ordené enérgicamente, aferrándola por los hombros y zarandeándola con energía, para hacerla volver a la realidad—. ¿Qué es lo que le ocurre? ¿De qué escapa usted?

Me miró con estupor, dilató sus ojos y jadeó:

—Un… un hombre… ¡Un ser viviente! ¡Dios mío, un hombre *de verdad*!

Y se abrazó histéricamente a mí, riendo y llorando a la vez. Traté de confortarla y separarla de mí. Era un poco embarazoso abrazar a una desconocida casi sin ropas. Desde su atalaya, creo que Ewa sonrió por primera vez en mucho tiempo.

—Sí, soy un superviviente, señora. ¿Y usted? —inquirí—. ¿De dónde viene?

—Yo… yo vengo huyendo de esas cosas horribles —jadeó, mirando al suelo con terror, como si del asfalto fuesen a brotar alimañas feroces.

—*¿Cosas?* —indagué—. ¿Qué cosas?

—Los… los parásitos… Lo devoran todo…

Fruncí el ceño. Los parásitos. ¿Otro nuevo azote? ¿Una nueva especie mutante, producto de la destrucción del equilibrio en el mundo?

—No sé a qué se refiere… Hemos visto las estatuas azules… Los niños envejecidos… Pero los parásitos…, no entiendo. No logro saber qué son, señora…

Lo supe en seguida. Mucho antes de que ella pudiera contestarme, dándome los datos, ya tenía sobre mí a uno de los parásitos.

Lancé una maldición al notar su contacto en mi espalda. Me revolví, convulso, con gesto de repugnancia. Vi no solamente al que me había atacado, sino también a muchos más, pululando sigilosamente, como culebras, bajo los vehículos aparcados y abandonados.

Eran mucho más repugnantes que las propias culebras. Como pueden serlo una especie de placas gelatinosas, alargadas, babeantes, que saltaban como gamos y se adherían rápidamente a la nuca de uno, comenzando a amoldarse sobre la cabeza, como un casco fofo.

—¡No deje que le apresen el cerebro! —chilló la mujer—. ¡Le harán enloquecer y absorberán sus conocimientos! ¡Cuando le dejen libre, será solamente una piltrafa inútil… y el parásito podrá utilizar los conocimientos adquiridos de su víctima!

Era una fea perspectiva, pero aquello era como una enorme babosa, y se aferraba igual que una lapa a mi nuca, empezando a succionar. Noté un raro calor y luego un escalofrío. Empecé a sentirme aturdido, somnoliento…

En ese momento, creo que Ewa salvó mi vida, y, posiblemente, mi inteligencia también.

Disparó desde la ventana. Era un blanco temerario, porque la «cosa» gelatinosa bailoteaba sobre mis cabellos, buscando acoplarse y adaptarse a la forma de mi cráneo, como una funda viviente.

El disparo fue certero. A cosa de cuatro o cinco pulgadas sobre mi cabeza.

Sentí un blando «plop» en el aire, encima de mí, y algo reventó, salpicándome de una baba fétida. Rápidamente, la forma parásita abandonó mi nuca y me quedé de nuevo en posesión de todas mis facultades.

—Bien, señora —dije, tomándola por una mano—. Venga con

nosotros. Esas babosas no nos alcanzarán donde ahora estamos… Yo me ocuparé de eso.

Dócilmente, la asustada mujer me siguió sin replicar. Poco después estaba alojada en la misma cabina cinematográfica, y yo disparaba hacia abajo rabiosamente, pulverizando una tras otra a las formas parásitas y gelatinosas, que se convertían así en simples charcos pegajosos, que se disolvían, humeantes, en pocos momentos.

—Bien, por el momento ya está —dije, volviéndome a la asustada dama—. Está a salvo. No tema nada, por el momento. ¿Cuál es su nombre?

—Jenny —dijo, roncamente—. Jenny Hutchinson… Estaba en el metro cuando ocurrió eso de la luz del espacio… Gracias a eso me salvé, no hay duda.

—¡El metro! —me acordé súbitamente, golpeándome con la mano en la frente, sobresaltado—. Cielos, Ewa. ¡Eso es!

—¿El qué? —preguntó ella, mirándome sorprendida.

—El *underground*… Los túneles oscuros, lejos de la luz exterior… Allí deben alojarse los supervivientes normales, estoy seguro. Ciegos o videntes, aquellos que son como nosotros, absolutamente normales. ¿No es cierto, señora Hutchinson?

—Sí, deben esconderse allí, pero costará dar con ellos —suspiró la dama—. Yo apenas si vi a alguno. Todos temen, todos desconfían…

—Es lógico —admití—. Ya no tenemos fe en nada… Bien, vamos a descansar un poco. Luego, trataremos de explorar el metro de Londres, en busca de nuevos supervivientes… Debemos unirnos lo más posible, formar entre todos un frente común ante los enemigos comunes: las babosas parásitas, los niños envejecidos… y cualquier otra mutación que se produzca en nuestro pobre mundo.

Todos estuvimos de acuerdo en tener un breve reposo antes de iniciar nada. La señora Hutchinson se ofreció a velar mientras nosotros reponíamos nuestro sueño durante una hora o dos.

Ese fue mi gran error. Por una vez, me confié demasiado.

Y estuvimos a punto de seguir un destino horrible. Algo mucho peor que la propia muerte.

No sé por qué abrí mis ojos, cuando más dormido estaba.

Acaso fue una sensación de peligro, quizá tan sólo el instinto… Lo cierto es que lo hice. Y me enfrenté a la más terrible experiencia imaginable…

La señora Jenny Hutchinson se estaba derritiendo, convirtiendo su

cuerpo en una enorme placa gelatinosa e informe… ¡e iba a adherirse al cráneo de Ewa…!

Capítulo V

—¡Ewa! —aullé con toda la potencia de mi voz.

Ella despertó, aterrorizada, dando un salto. Eso evitó el roce del parásito en que se transformaba ante mis ojos la poco antes asustada señora Hutchinson. Ya no tenía siquiera piernas ni brazos, y su rostro se diluía de forma simple materia pulposa, rojiza y blanda…

Rápido, alcé mi rifle. Disparé dos veces sobre aquella materia viviente, sin vacilar. Hubo dos estallidos, y el líquido nauseabundo empezó a derretirse, humeando sobre el suelo de la cabina cinematográfica…

Ewa, horrorizada, contemplaba la escena sin llegar a entenderla bien. Luego, me miró con ojos dilatados, cuando todo recobró su calma, y yo bajé el rifle, resoplando, tras mirar los residuos de lo que había sido poco antes una mujer madura y bien formada, de cuerpo llamativo.

—Pero… pero ¿qué sucedió, Todd?

—Ya lo viste. No era humana. Solamente un parásito mutante, que debió absorber la mente y recuerdos de una Jenny Hutchinson… Esa es la utilidad que le dan a su succión de un ser humano. Física y mentalmente, pueden suplantar a cualquiera… Será peligroso, si la especie prospera en nuestro desdichado mundo actual…

—Cielos, cuántos horrores en tan poco tiempo…

—No se van produciendo paulatinamente, Ewa. Creo que el fenómeno alteró la genética y el orden de las materias orgánicas, por completo. Vamos a vivir en un mundo de monstruos inconcebibles, de aquí en adelante… Y todo, porque en algún lugar del espacio, por unos instantes, un cuerpo celeste o lo que fuere, produjo un brillo cegador, y esa luz transformó al mundo…

Ewa no preguntó más. Creo que, en realidad, ya no sentía siquiera

ánimos de hacerlo…

* * *

El *underground* resultó totalmente lleno de gente. Especialmente, en ciertos túneles, los próximos a las estaciones de Charing Cross, Trafalgar y Holborn.

Personas ciegas, mineros, empleados del Metro y del alcantarillado, y algunos casos especiales, como un fotógrafo en su cuarto oscuro y casos así, habían salvado sus vidas del gran caos, gracias a no ver directamente el fulgor llegado de las estrellas.

Acogieron con recelos nuestra presencia allí. Sabían de la existencia de gelatinos vivientes, los temidos parásitos. Iban armados contra los temibles niños monstruosos, pero la lucha contra los parásitos mentales era más difícil.

Habían logrado cerrar el acceso a las placas de gelatina, y el control de cada superviviente era riguroso, para evitar la infiltración de falso humanoides creados por el don de mutantes de los extraños seres. Con un aparato simple de Rayos X consiguieron lo que se proponían. Los mulantes parásitos, no sabían reconstruir el esqueleto humano. Era su único fallo.

Gracias a eso pasamos la prueba y fuimos aceptados en la comunidad aquella que se refugiaba bajo el suelo de Londres. Mi historia era muy similar a la de algunos que se encontraban en aquel lugar.

—Nos refugiamos aquí por si se repite ese fulgor —dijo uno—. La luz nocturna que llegó de los astros, puede repetirse, según los cálculos hechos en una computadora.

—De modo que fue un fenómeno cósmico, a fin de cuentas, y no una experimentación humana con armas letales… —comenté.

Uno de ellos me miró. Se encogió de hombros y tuvo una frase enigmática:

—Nosotros queremos pensar que no fue así, y que esa explosión cósmica que tuvo lugar a gran distancia de la Tierra… no fue, después de todo, el resultado de una terrible explosión provocada por algún ingenio nuestro, de los que se lanzan como desecho espacial a las estrellas, con toda clase de supuestas garantías de seguridad…

Le miré. Me miró.

Por vez primera pensé que las cosas podían ser de otro modo.

Murmuré:

—Se podrá averiguar, después de todo…

—¿Para qué? —me dijo el hombre con escepticismo—. ¿Para odiarnos a nosotros mismos mucho más todavía? No, amigo mío. Es mejor pensar que sucedió así… Que la explosión fue tan sólo un fenómeno celeste, sin más… A fin de cuentas, jamás sabremos la verdad, si no nos empeñamos demasiado en ello…

Se alejó, sin añadir más. Me volví y me encontré con la mirada sombría de Ewa. Se abrazó a mí impulsivamente, y caminamos por el túnel del *underground*, entre los supervivientes, entre los seres humanos como nosotros, que nos ayudarían a reconstruir de nuevo el mundo…

—¿Crees posible que fuese…? —comenzó.

Le tapé los labios con un beso. Luego, la oprimí contra mi pecho.

—Yo lo pensé ya una vez. Y tampoco quise creerlo. Pero el hombre ha sido siempre lo bastante estúpido, para… para provocar el cataclismo absoluto. ¿Quién nos dice que no fue ahora, o que no será en otra ocasión, cuando volvamos a comenzar…?

—Tengo miedo, Todd…

—Sí, yo también. Por nosotros, por nuestros hijos, si vienen… y por el mundo. Por todo, Ewa. Pero no podemos hacer más. Nada más que esperar… y empezar de nuevo. Algún día, habrán terminado los cien días de la Gorgona… y empezará nuestro nuevo reinado en el mundo. El de los seres humanos… intentando comprenderse mejor…

* * *

Nunca lo hemos sabido, es cierto.

Hemos reconstruido el mundo poco a poco. Los cien días de la Gorgona quedaron atrás. Supervivientes de todo el mundo se afanan en reconstruirlo poco a poco. ¿Lo lograremos al fin? Yo espero que sí.

Tengo fe. Quiero tenerla. A pesar de todo. A pesar de nuestras sospechas. A pesar de que, científica o militarmente, jamás se descubrió ni se aclaró cómo empezó el imperio de la Medusa sobre nosotros.

A pesar de ello… la fe no nos falta. Ni a Ewa ni a mí.

Ni a ninguno de los otros.

Creo que eso… ya es algo.

FIN



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)

Impreso en España

PRECIO EN ESPAÑA: 20 PTAS.

NOTAS

[1] Calle de Londres dedicada casi exclusivamente a consultorios médicos.